

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

DISCURSO

LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

POR EL

EXCMO. SR. D. GREGORIO MARAÑÓN

Y

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO DE NOVO

EL DÍA 3 DE DICIEMBRE DE 1947



DOMICILIO DE LA ACADEMIA:
VALVERDE, 22. MADRID

Teléfono 21 25 29

1 9 4 7

S. Aguirre, calle del General Alvarez de Castro, 38.—Teléfono 230366.—Madrid.

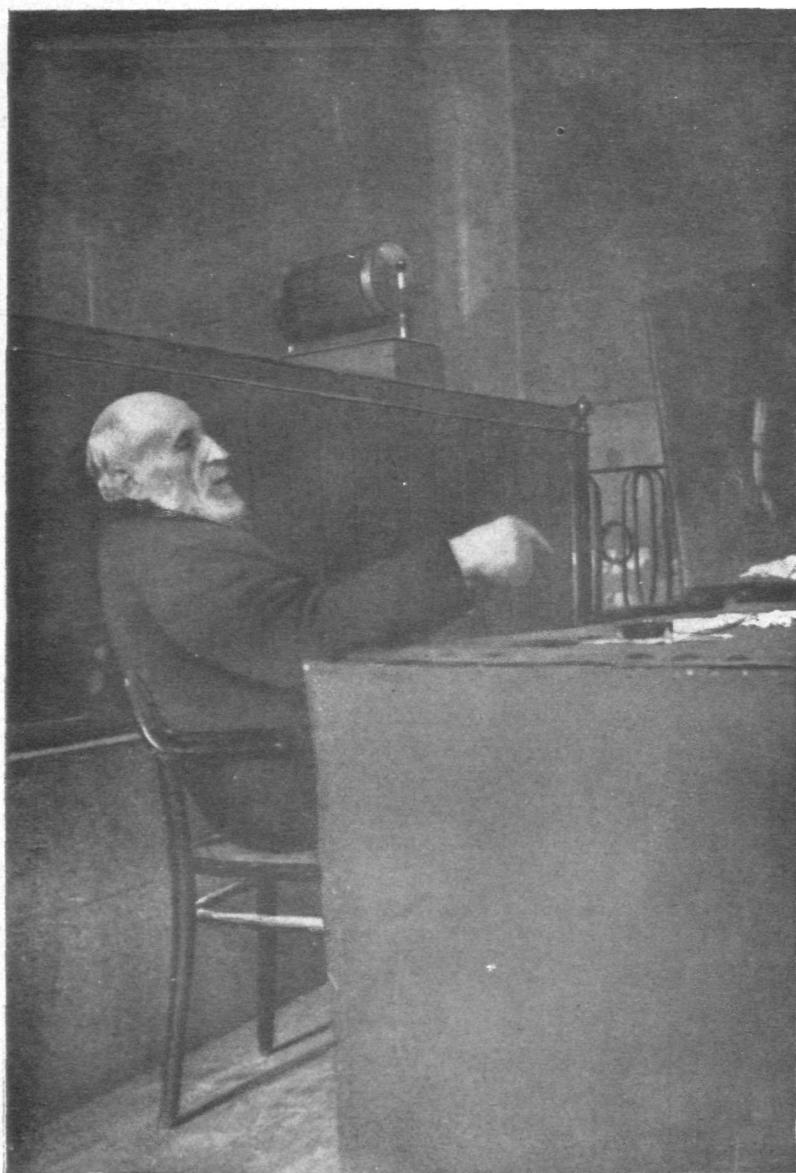
DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. GREGORIO MARAÑÓN



«Cuán dulces y fécondas las invernates veladas en el hogar-laboratorio...»



«... para explicar muy temprano su lección de Histología...»

CINCUENTA años después.—Las palabras, inexcusables, de gratitud con que un discurso académico ha de comenzar, deben ser, en la ocasión de ahora, particularmente fervorosas. Porque sobre la deuda que supone el ser elegido en esta asamblea de sabios ilustres, he de considerar otras dos razones de su misma cuantía. Una es la tardanza con que vengo aquí. Entre vuestra llamada, señores académicos, y la fecha de mi posesión ha transcurrido mucho más tiempo del que suele tolerarse a los descuidados, aun en esta Corporación que mantiene y practica el noble criterio de considerar a la paciencia como uno de los atributos de la sabiduría. La segunda razón de mi gratitud es que vengo a sentarme en el mismo sillón que dejó vacío, al morir en 1934, la máxima figura de la ciencia española de nuestro tiempo, y quizá de todos los tiempos: D. Santiago Ramón y Cajal.

No tendré que esforzarme mucho para convenceros de que, aparte circunstancias ajenas a mi voluntad que me han alejado largos años de España, la principal razón de mi retraso ha sido la pesadumbre de la herencia que vuestra bondad, al elegirme, hizo recaer sobre mí. Aun en horas de engreimiento,

que nunca llegaron hasta mi espíritu sino como resaca casi extinta y que hoy están ya muy lejos, jamás hubiera aspirado a este puesto, que solo cabía ser ocupado dignamente por quien tuviera el genio del propio Cajal o por alguno de los continuadores directos de su labor histológica. Yo, discípulo también suyo, como lo hemos sido todos los médicos españoles, apasionado de su obra y de la influencia renovadora que tuvo en España, anduve por otros caminos y los anduve con el paso llano propio de mi modesta condición. Me llamasteis, sin embargo, y he venido por disciplina, que es la virtud pública de la que siempre hubiera querido dar ejemplo. Pero ¿qué decir desde aquí? Cajal ha sido arquetipo insuperable de hombre de ciencia y de maestro; y sólo un español desprovisto del más elemental sentido de la responsabilidad, podría, sin sobrecojerse, alzar su voz para hablar de temas biológicos donde él alzó la suya, que todavía resuena por el mundo.

Esta preocupación me inhibía. Ninguno de los asuntos que fui revisando como posibles temas de mi discurso me parecía digno de la ocasión; y había perdido la esperanza de llegar a buen término cuando me obligó a decidirme el tope, infranqueable ya, que a vuestra generosidad ponían los años. Hice, pues, mi discurso; lo entregué y me dispuse a escribir el prólogo obligado de recuerdo al académico que se va a suceder. Y entonces, con la pluma en la mano, comprendí que había errado el camino, que no podía dedicar una página a mi insigne predecesor y unos pliegos a un tema científico, aun suponiendo que pudiera ser del máximo interés; sino que estaba obligado a callar, como investigador, ante el solemne recuerdo del maestro y a no hablar de otra cosa que de él. Y este razonamiento se reforzaba y se hacía imperativo por la circunstancia, no frecuente en la vida académica, de que vengo a ocupar esta vacante exactamente a los cincuenta años de haberla abandonado Cajal. Y además, porque aquella ceremonia, de medio siglo ha, no fué una recepción como las de-

más, pues en ella leyó D. Santiago una de las obras suyas que considero fundamentales: las *Reglas y consejos al investigador científico*, que después, convertidas en libro, alcanzaron copiosas ediciones y han venido a ser como el catecismo no sólo del biólogo incipiente, sino de cualquier otro aprendiz de investigador.

Cincuenta años no sólo son un pretexto para volver a hablar de aquella fecha memorable y de aquella extraordinaria figura, sino casi una obligación, porque permiten contemplar al autor y a su obra en uno de los momentos adecuados para la crítica justa: cuando la distancia ha templado lo que pudiera haber de pasión en los contemporáneos, sin que se amengüe el fervor ni la visión de los detalles directos. Medio siglo que, aun en los tiempos de curso pacífico de la historia, supone la transformación completa de la vida; y mucho más profundamente si corresponde a uno de los bruscos, casi convulsivos, estirones de la evolución de la humanidad.

A través de la prueba del tiempo, la obra de Cajal conserva una plenitud y una actualidad rara vez alcanzadas en la ciencia biológica, que se renueva de continuo. Hace muy poco releía yo, después de muchos años, la *Patología General*, de Conheim, que durante casi un cuarto de siglo fué el punto de partida del pensamiento de los médicos europeos. La gloria del gran patólogo alemán sería difícil de comprender en estos tiempos de crisis de las grandes personalidades. Incluso la influencia de los maestros franceses, que por aquellos años atraían a París a los estudiosos de todo el mundo, era pálido fulgor al lado de la maciza autoridad de Conheim. Hoy, sin embargo, no podemos aprovechar una sola página de su vasto libro. Compárese este hundimiento de aquélla y de otras muchas brillantes disquisiciones biológicas de entonces, con la inmovible creación del histólogo español, que sigue siendo fuente necesaria para todo el que quiera estudiar la anatomía y la patología nerviosas casi sin una sola rectificación. Débese esto

a que es la suya obra de naturalista, obra de observación directa de hechos; y los hechos, cuando se han visto y se han descrito exactamente, se incorporan a la eternidad de lo creado. Además, la obra de Cajal no es un conjunto de descubrimientos, que, aun siendo trascendentes, pudieran haber sido obra del azar, sino un edificio científico, armónico y completo, en el que cada hallazgo ha ido precedido de un razonamiento, y todo el conjunto, con su armazón de lógica y su bloque de hechos definitivos, tiene la unidad lograda de algo previsto desde el día en que por primera vez se sentó su autor ante la mesa de trabajo. Estoy seguro de que en la era científica contemporánea no se podrá presentar ningún otro ejemplo de esta realización total de una vasta obra y de esta compenetración absoluta entre una labor y una vida, como si se hubieran hecho, sin transferencia posible, la una para la otra. Por todo ello, la obra de Cajal, además de su importancia directamente histológica, tuvo una enorme, una honda y difusa trascendencia en la mentalidad de los científicos españoles. Hoy, al cabo de los años, esa influencia general perdura tanto como sus descubrimientos y nos permite medir la calidad del genio de su autor.

El ambiente científico al surgir Cajal.—En este primer comentario a distancia de la obra de Cajal, hay, ante todo, que considerar, para valorarla justamente, cuál era el ambiente científico de la España de entonces. La empresa es fácil porque sobran los datos. El mismo nos ha dejado una visión exactísima en sus *Recuerdos*, y, en realidad, nosotros hemos podido vivir todavía la sensación directa que de aquel tiempo nos dieron sus protagonistas, puesto que muchos de ellos fueron nuestros maestros.

Cajal se hizo médico el año 1873. Tras su penoso viaje a Cuba, como médico militar, volvió a la Península y, estimulado por su padre y por su propia vocación, comenzó a

prepararse para ser catedrático de Anatomía. Entonces fué cuando, como él ha referido con hermosa sencillez y se ha repetido después por todos sus biógrafos, vió unas preparaciones histológicas del Dr. Maestre de San Juan que le llenaron de admiración y decidieron su vocación. La primera cátedra de Anatomía, en Valencia, la ganó en 1883. Pasó a ocupar la de Histología, de Barcelona, en 1887, y allí comenzó su formidable tarea de investigación continuada en Madrid, de donde fué catedrático en 1892. En estos años decisivos germinó su decisión no sólo de hacer ciencia pura, sino de crear una ciencia histológica nacional. Y para lograrlo hizo su preparación técnica y trazó, acaso sin darse cuenta, las líneas rectoras de su futura obra científica.

Todo esto sería admirable en cualquier parte. Pero alcanza la categoría de casi un milagro si se considera el ambiente de las fechas citadas, en que se realizó la floración del destino del futuro descubridor. Generosamente acentúa Cajal la importancia que en la decisión suya tuvieron la voluntariosa insistencia de su padre y el ejemplo de los balbuceos histológicos de su antecesor en la cátedra de Madrid, Maestre de San Juan. Pero lo cierto es que muchas docenas de muchachos contemporáneos suyos tuvieron como él padres rigurosos y los mismos maestros y, sin embargo, no fueron otra cosa que médicos, como todos los demás. ¡Qué cantidad y qué ímpetu de energía se necesitaron para vencer no el ambiente hostil, sino la ausencia de ambiente! Como dijo Lugaro, cuando murió el maestro, lo portentoso no es lo que hizo, sino que lo hiciera en una atmósfera casi de vacío. Y Ortega y Gasset, a raíz de los grandes triunfos del maestro, proclamaba que su caso no podía “significar un orgullo para nuestro país, sino más bien una vergüenza porque es una casualidad”.

La polémica de la ciencia española.—Es preciso revivir de nuevo la polémica de la ciencia española. Ya en otras ocasio-

nes me he referido a este problema viejo y enconado. Las posiciones extremas están representadas, de un lado, por las generosas y patrióticas apologías de nuestra aportación científica, desde la clásica de D. Marcelino Menéndez Pelayo, hasta la más reciente del malogrado Rector de la Universidad de Valencia, D. Juan Peset. Frente a ellas, y para no citar más que nombres excelsos, se alza la tesis pesimista, la que sostuvo el Padre Feijóo en el siglo XVIII, y en nuestro tiempo, Cajal. Fué en este mismo sitio donde la desarrolló, dándola más tarde expresión un tanto ruda en aquella frase de un discurso suyo, que en mis tiempos de estudiante todos sabíamos de memoria: “Al carro de la civilización española le falta la rueda de la ciencia.”

Mi posición aspira a ser ecuánime. Es, creo yo, evidente que los apologistas de nuestra ciencia no exageraron gran cosa; y si cometieron el pecado de incluir en el areópago de los sabios inmortales a gente mediocre, como pecado venial se ha de considerar. En todas partes del mundo hay ejemplos de esta patriótica hipervaloración de la sabiduría nacional. España tuvo en todo tiempo cabezas eminentes dedicadas a la preocupación de la ciencia; y en el período culminante de nuestra historia, el del descubrimiento y civilización de América, el empuje cultural fué tan potente y generoso que bastaría para llenarnos de orgullo a los peninsulares. Pero es necesario reconocer que esa obra científica, orientada casi siempre en un sentido discursivo, fué por demás modesta en el orden de los hallazgos que podrían acogerse al emblema de esta Corporación, es decir, en las disciplinas exactas, físicas y naturales. En todas ellas pueden citarse nombres ilustres, sobre todo entre los naturalistas; mas es innegable que la aportación española a la investigación experimental es notoriamente inferior a la de los demás grandes países de Europa que compartieron con nosotros la hegemonía del poder.

A esta afirmación, que sólo un sentido falso del patriotis-

mo podría discutir, hay que agregar dos reservas: una es que el que no haya habido una gran ciencia experimental española no quiere decir que el español no sea apto para cultivarla y para brillar en ella gloriosamente. Cajal mismo, y otros casos aislados de hombres geniales, bastarían para demostrarlo. La segunda consideración es que el grado de grandeza de un pueblo ante la Historia no se puede medir con el único rasero de la ciencia. El descubrir y vivificar, con un derroche de audacia, de inteligencia y de sentido humano, un Nuevo Mundo; el contribuir, en el Nuevo y en el Viejo, a la creación de las formas arquetípicas de la belleza y al conocimiento de las eternas verdades que harán algún día vivir en paz a los hombres, son méritos tan grandes como los del progreso material. Este, que llegó a ser un ídolo para las generaciones de todo el siglo XIX, es un ídolo peligroso, porque bajo su indudable grandeza esconde la sierpe de la amoralidad. La ciencia, si sólo es preocupación material, puede servir, indistintamente, al bien de los seres humanos y a su ruina y destrucción. Esta afirmación del sentido amoral de la ciencia hubiera parecido una herejía cuando Cajal hablaba aquí, hace cincuenta años. Entonces se creía, como en un dogma, en aquel apotegma que él mismo expuso fervorosamente en su discurso: "La prosperidad duradera de las naciones es obra de la ciencia". De la ciencia, habría que añadir, al servicio del bien; y como no siempre ocurre así, nuestras generaciones han visto hundirse en pocos años países de desarrollo científico prodigioso, que parecían incommovibles.

Hoy Cajal no podría repetir la frase citada ni menos aquel otro apóstrofe suyo, tantas veces comentado: "lejos del pedante y satisfecho engreimiento característico de muchos funestos políticos y de no pocas orondas sumidades de la cátedra, el buen maestro debe tener plena conciencia de la nacional incultura y de nuestra pobreza científica. Tendrá siempre presente que España está, desde hace siglos, en deuda con la

civilización y que de persistir en tan vergonzoso abandono Europa perderá la paciencia y acabará por expropiarnos". Hoy, repito, esto no podría proferirse ni aun por labios tan insignes como los suyos, porque, gracias sobre todo a su esfuerzo, el nivel de nuestra ciencia no consiente hablar de "vengonzoso abandono" de la cultura; pero, sobre todo, porque algunos de esos países que nos hubieran podido pedir cuentas, habían creído demasiado en la ciencia, pecado no menor que el descuidarla; y, por ello, si nuestra prosperidad no fué maravillosa, la suya fué flor de un día.

El mismo Cajal nos refiere la honda depresión que le produjo, cuando la guerra de 1914, el que aquellos países que parecían gigantes se bambolearan como si fueran de cartón. Esa depresión estuvo a punto de entorpecer durante unos meses, como yo oí de sus labios, su abstracta labor de investigación. Para él, después de lo sucedido, se alejaba el sueño que acarició, como otros muchos varones de su tiempo, de un mundo de paz regido por la férula, severa y humana, del saber. Y como siempre que vemos naufragar a algo en lo que creíamos, nos retiramos a otra trinchera, que es siempre la misma —el interpretar lo sucedido de tal modo que nos permita mantener incólume nuestro modo de pensar— Cajal dió una explicación, por este estilo, de la derrota. Atribuía él el desastre de la civilización a la culpabilidad "de Gobiernos militares y de logreros insaciables", es decir, de los factores no científicos de la sociedad; sin reparar en que las ambiciones de conquista que desencadenaron aquella tragedia, y la otra, aun mayor, que la piadosa muerte evitó contemplar al glorioso español, surgieron, precisamente, de los países que él amaba y admiraba por su maravillosa organización científica. La ciencia no sólo no basta para asegurar la paz, sino que se convierte en instrumento de tragedia y en motivo para la guerra, si no va de la mano con otro orden de progresos que han de florecer al margen de la civilización material. Por eso podemos proclamar

hoy que España no está en deuda, no, con la civilización; sino sólo con un sector de la civilización, con el progreso de las ciencias experimentales; porque en otros sectores ha contribuido a esa civilización con su esfuerzo, con su sangre, con su palabra, con su ideal en un futuro mejor; y un balance riguroso de lo que debemos y lo que se nos debe es seguro que sería favorable al genio español.

Mas si los pueblos que han creído excesivamente en el progreso material deben pensar en vincularlo a otros ideales superiores, los que hemos agotado nuestra vitalidad en empresas idealistas tenemos la obligación de templarla con una preocupación creciente por la ciencia experimental. No olvidemos que el ideal puro, aun el más sano, conduce al fanatismo, y el fanatismo aísla al vecino del vecino y convierte en enemigo al hermano. En otras palabras: si hoy podemos discutir el sentido excesivamente materialista que Cajal daba a nuestro atraso científico, de acuerdo con la ideología de su tiempo, no podemos, en cambio, dejar de seguir, con entusiasmo, al maestro en su sueño de una futura ciencia española, cuya gloria asentara no en las listas que nos dan los eruditos, de ingenios, muchas veces estupendos pero baldíos, sino en hallazgos definitivamente incorporados al saber, como los de Cajal.

Con valerosa sinceridad, pues, y sin sentirnos humillados por ello, reconozcamos la minusvalía científica de nuestra ciencia experimental. En España ha habido copiosa cantidad de sabios. Pero han sido, casi sin excepción, cultivadores de aquellas ciencias que, como alguien dijo, pueden crearse paseando y con las manos en los bolsillos: pensadores, teólogos, naturalistas, descubridores más que geógrafos. Insisto en que este orden de ciencia no es inferior al experimental. Nadie podría ahora suscribir las palabras con que Cajal iniciaba su discurso en esta Academia: "Aquella singular manera de discurrir, decía, ... que consiste en explorar nuestro propio espíritu para descubrir en él las leyes del Universo y la solución de los gran-

des arcanos de la vida, ya sólo inspira sentimiento de conmiseración y disgusto.” No. A la verdad se puede llegar por todos los caminos; y si pudiera haber categorías en esta noble misión, la preeminencia habría de corresponder a los que aspiran a llegar a la verdad por la vía inefable de la meditación y el pensamiento. Pero la otra vía, la de la observación escrupulosa de lo que nos rodea, la del hallazgo de métodos que nos permitan ahondar en esta observación y reproducir a nuestro arbitrio los fenómenos naturales para llegar hasta su causa, es también fundamental; y en ella está nuestra evidente flaqueza.

Permítaseme recordar especialmente el sector de donde surgió Cajal, el de la Medicina. Nadie ignora que tuvimos en España médicos ilustres en los siglos xv y xvi, cuando la Medicina era pura ciencia de observación, cuando nuestras Universidades lucían al par de las mejores del mundo y cuando el español, sin contrariar su espíritu localista, se podía pasear por casi todo el Universo. Con la decadencia del Imperio favorecióse nuestra actitud de enquistamiento, y su resultado inmediato fué el derrumbamiento de la Universidad; que es lo único que en un país no puede ser nacional, sino universal. Así llegamos a la terrible inopia de nuestra ciencia en el siglo xviii, apostrofada implacablemente por el Padre Feijóo. Este ortodoxo crítico no erraba en la causa de la decadencia: el aislamiento, el temor, como él decía, “a los aires de afuera”. Cuando en la Europa central y en Inglaterra florecían médicos extraordinarios, muchas de cuyas ideas y aun de cuyas recetas, están vigentes todavía, de nuestras aulas salían tan sólo ergotistas insufribles que pretendían combatir las enfermedades con silogismos y, lo que era aún peor, con purgas y con sangrías manejadas con diabólica pertinencia. Sólo se salva de la centuria el único que no cita Menéndez Pelayo, el gran Casal, que tuvo la suerte de no ser universitario, evitando así que su gran ingenio y su espíritu de observación fueran atropellados por los cate-

dráticos de entonces. Casal se educó en la escuela de la vida y nos legó su admirable libro sobre la pelagra, intachable como obra de naturalista y lleno de sagaces intuiciones sobre los trastornos que más de un siglo después se habían de estudiar con el nombre de avitaminosis.

Más tarde, vino el catalán Gimbernat, el fundador del Colegio de San Carlos, maestro eficaz porque fué gran viajero, y anatómico insigne. Y nada más. Durante los dos primeros tercios del siglo XIX, la profesión médica se mantiene algo más elevada que en la anterior centuria, gracias a las escuelas de Madrid, de Cádiz y de Barcelona y a las academias matritense y sevillana, en cuya fundación intervinieron más que los miopes medicastros, algunos hombres de buena voluntad, y principalmente dos frailes progresivos, los Padres Feijóo y Sarmiento. Más tarde, el impulso se renueva gracias, como demostraré algún día, a los médicos que hubieron de emigrar con motivo de la guerra de la Independencia y de las luchas civiles que la siguieron.

Pero ninguno de estos discretos prácticos dejaron de su paso la más leve huella en la Medicina de su tiempo. No hace mucho, leía yo la correspondencia de Bretonneau, uno de los fundadores de la gran patología de nuestro tiempo. Era un médico provinciano, de Tours, y cuando en aquellos primeros decenios del XIX sus coetáneos de Valladolid o de Burgos a lo sumo sabían bien sus libros de texto y recetaban pasablemente a sus pacientes, Bretonneau no vivía, revisando las doctrinas clásicas y tratando de sustituirlas no por otras doctrinas, sino con el estudio de las lesiones de sus enfermos, interpretadas después de inacabables exploraciones y, siempre que podía, tras la autopsia. Así llegamos a los años de Cajal, sin que sobrenade de los treinta años que le precedieron apenas otra figura que la de Letamendi.

Todavía hoy no se puede nombrar a este curioso español sin un adjetivo apasionado. Para unos es la representación de la

peor retórica anticientífica. Para otros, un genio, precursor de la medicina actual. Las dos opiniones son injustas. Letamendi fué todo lo gran patólogo que se podía ser, sin ser un genio, pero con un gran talento, en un país sin ambiente para la ciencia experimental. Es cierto que sus libros, hoy, no nos interesan; pero tampoco nos interesan los de Conheim o los de Bouchard. Y hay algo en él que le diferencia de los otros teorizantes de sus tiempos, y es que si su doctrina marchaba con evidente retraso, sus ojos no estaban, como los de los demás, vueltos al pasado, sino clavados agudamente en el porvenir. Por eso Cajal, que fué por su obra el anti-Letamendi, le trató siempre con respeto.

Letamendi, maestro representativo, y esto sólo le haría interesante, estaba todavía dentro de la época de la inopia científica. Pero fué su postrer ejemplar. Un tiempo nuevo se preparaba y otros hombres con temple de verdaderos maestros surgían aquí y allá en la era tranquila de la Restauración. Citaré sólo, porque Cajal los nombra también en sus escritos, a Oloriz, pedagogo insuperable en la disciplina anatómica y magnífico antropólogo; a D. Carlos María Cortezo, lleno de aguda modernidad como clínico y como higienista; a Simarro, de ingenio prócer, lector certero e incansable y habilísimo técnico, aunque inmovilizado por su escepticismo; y a D. Alejandro San Martín, la más clara cabeza de cuantas han ilustrado el profesorado de San Carlos, cirujano de calidad universal, en el que, sin embargo, se frustró un genial profesor de Fisiología, porque todo lo que hubo de incompleto, de inquieto y casi de extravagante en este gran maestro, que no acabó de dar su fruto, debióse a que tuvo que ser cirujano porque no pudo ser fisiólogo; y no lo fué porque entonces, materialmente, no podía haber grandes fisiólogos en nuestro país.

Las causas de la pobreza científica.—Todos estos hombres anunciaban la era nueva y renovadora. Pero todos ellos, de-

batiéndose en esfuerzos limitados, entre la indiferencia nacional, no bastan para alzar el severo veredicto de inutilidad de la Universidad española.

Y como la Historia, y sobre todo la de la ciencia, no puede limitarse a relatar los hechos, sino que ha de interpretarlos, nos hemos de preguntar el porqué de nuestro raquitismo cultural.

¿A qué se debía —y se debe, porque por desgracia no son estos problemas pasados— a qué se debía y se debe la pobreza del caudal científico hispánico? Cajal dedicó a este punto la parte más importante y más comentada de su discurso. Desde luego, no se trata de una incapacidad del español para la ciencia. Para el maestro, estaba todavía inédita la vena científica de nuestro genio: esto es todo. “España, decía, está aún, para el pensamiento, semivirgen.” “Es un país intelectualmente atrasado, no decadente”. La observación es exacta, agregamos nosotros; y, acaso, buena parte de las esperanzas que todos ponemos en nuestro pueblo se deba a este frescor juvenil, “semivirgen”, que ha sabido conservar; aunque esto implique también defectos y aun peligros; porque, en los pueblos como en los individuos, la excesiva prolongación de la juventud acaba siendo una enfermedad que se llama infantilismo; el cual es un estado en que la adolescencia se enlaza directamente con la senectud, suprimiendo las etapas fecundas de la madurez. Que este peligro es, por ahora, quimérico lo demuestra no ya la creación de Cajal, que como la de todos los genios podría ser un episodio aislado, sino la de sus discípulos, directos o indirectos, que cincuenta años después, en España o fuera de ella, mantienen con decoro, y a veces con gloria comparable a la suya, la continuidad de su obra.

Si admitimos, pues, que el retraso no se debe a la raza ¿en dónde buscaremos su origen? Cajal hizo en su discurso la enumeración y la crítica de estas supuestas causas. Era característico de aquel tiempo el pretender ligar situaciones colectivas

tan complejas como el progreso o la decadencia de un país a causas aisladas, específicas, en torno a las cuales se especulaba ingeniosamente. Hoy sabemos que cada momento social no es sino el vértice de una formidable pirámide de motivos, unos que se ven, otros ocultos; y es pueril el pretender seguir el hilo de la responsabilidad a través de ellos, para llegar a un único resorte, cuya quiebra o cuya exaltación engendra la catástrofe o la gloria. Con todo, la enumeración y la crítica de estas supuestas causas la leemos hoy con máximo interés, porque el tiempo nos ha dado respuestas expresivas a algunas de las interrogantes que Cajal dejó abiertas.

No hay ni para qué hablar de la hipótesis térmica, la más difundida durante mucho tiempo y la que primero fué discutida aquí. Nuestro clima, se decía, o bien suspende, por el calor excesivo, el ímpetu de trabajar o induce, por el halago de los días tibios y floridos, a la vida sensual y callejera. Esto tiene una parte de verdad. Yo oí decir a Madame Curie, a la vuelta de una visita a Andalucía, en primavera, que de haber vivido allí no hubiera nunca descubierto el radio. Pero no nos dejemos llevar de la anécdota. En el mismo ambiente sensual que turbó a la insigne investigadora, florecieron las extraordinarias civilizaciones antiguas. Aristóteles no fraguó su obra junto al hogar, viendo caer la nieve. Y aun hoy mismo en países de primavera larga y riente, como en las costas orientales de América, se produce ciencia de la más alta calidad. Lo que atrae a la vida fácil, en nuestro suelo, y en todo el mundo mediterráneo, no es la temperatura enervante, sino el que su humanidad vive una existencia derramada hacia afuera, intrascendente, con un predominio del gesto sobre el pensamiento; y esta actitud humana, propicia quizá para el diálogo y para la creación artística, es difícil para hacer experimentos. Richet decía que los pueblos con trajes y bailes pintorescos y con cerámica brillante eran poco dados a la ciencia experimental; pero, añadía, es en ellos en donde mejor se pasa.

Parece, su reflexión, un retrato de España. Este ambiente es el escenario de nuestra vida, hosca por otras razones a la ciencia experimental; pero en modo alguno la causa de nuestro atraso científico.

Esta explicación del clima iba unida a otra errónea idea que se ha hecho proverbial entre los extranjeros, idea fundada no sólo en el falaz espectáculo de la bullente calle mediterránea, sino en el testimonio de muchos nacionales, entre ellos, algunos tan egregios como el propio Cajal. Me refiero al mito de nuestra pereza. En su discurso de entrada en esta Real Academia, hablaba el gran maestro de que “en España, la pereza más que un vicio es una religión”. Esta grave injusticia estaba inspirada, acaso, en la comparación, inconsciente, que hacía entre su vida, llena hasta los bordes de deberes inventados, y la de sus colegas de claustro que, entonces y salvo excepciones, se limitaban a cumplir, rasándolos, los deberes impuestos, es decir, a dar una hora de clase, casi siempre sin prepararla, dejando un ancho margen de tiempo para derrocharlo en el ocio gratísimo del café. Pero aquello era no un índice de toda la vida nacional de entonces, sino un modo de ciertas actividades ciudadanas y, más exactamente, de su ambiente intelectual; y el mismo Cajal que se adelantó a su tiempo, con paso de gigante, cayó, él también, en la celada del café, al que hoy no van ni los estudiantes, porque no tienen tiempo.

Pero la leyenda de nuestra pereza, en Cajal y en todos los demás, era principalmente de origen literario. Los viajeros—mi información en este punto es vastísima— se calan, al entrar en España, como otra vez he dicho, unas gafas, ya negras, ya de color de rosa, a través de las cuales ven el espectáculo peninsular, nunca con su color verdadero, sino con tonos fúnebres, como Verharen, o con un rosicler jocundo, como Teófilo Gautier. Mas cualquiera que sea la visión, en el escenario trágico o en el poético, surge invariablemente la

estampa del buen celtíbero desperezándose al sol, con el estómago vacío, pero encantado de no trabajar. El tópico ha pasado, escandalosamente, como realidad. ¡Cómo la sagaz mirada del gran naturalista no vió la verdad, tan palmaria, debajo de esta impostura retórica! Porque lo cierto es que España es el país más trabajador del mundo. Y a esta conclusión nos llevan no sólo el conocimiento directo de la vida hispánica, sino el de los otros países, ya muchos, adonde me llevó a vivir el gusto o la necesidad. Ni en España ni en parte alguna se puede vivir sin trabajar. Había, antaño, gentes que gustaban de vegetar y divertirse a costa del trabajo de los otros; pero era ésta fauna, no específica de nuestro suelo sino común a los pueblos todos; y en todos está, por fortuna, en trance de desaparecer. Había también gentes que no trabajaban porque no podían; y estos “parados” contra su voluntad, se veían y se ven también no sólo en España, sino dondequiera. El achacar a los españoles la pereza, como vicio nacional, debíase a que el rico ocioso, que vivía, fuera de aquí, recluso en sus clubs o bien viajaba sin exhibir su holgazanería, hacía, entre nosotros, escandaloso aparato de ella en las vidrieras de los casinos o en las terrazas del café. A este espectáculo engañoso se unieron las falacias históricas sobre la expulsión, se decía, de los únicos trabajadores de España, los judíos y los moriscos, falacia en la que Cajal también incurrió. El mismo nos habla, en efecto, de la “monstruosa aberración” de eliminar del país por razones religiosas a los israelitas, monopolizadores del comercio, y a los moriscos, en cuyas manos estaba la agricultura y la industria. A partir de ambas expulsiones, añadíase, los ociosos españoles dejaron inactivo el oro de América y los campos, sin cultivo. Todo esto es una disparatada ligereza, que debe terminar. Hoy poseemos fuentes más autorizadas que las harto recusables de Campanella y de Madame d’Aulnoy, que sirvieron de información al gran investigador. Los judíos eran los dueños de la banca porque, desgraciadamente,

el genio financiero no brota en el suelo español. ¡La falta de hacendistas!: ésta sí que es una causa fundamental en el proceso de nuestra decadencia. Al expulsar a los israelitas, se resolvió el problema religioso y en parte nacional que su enorme número planteaba; pero no varió su hegemonía financiera, pues fueron los judíos los que siguieron especulando, ya como fingidos conversos, ya, si su categoría era grande, sin disimular su verdadera religión. Ignoran la verdad de nuestro pasado los que dicen, pues, que la salida de los israelitas nos perjudicó económicamente. Y la misma ignorancia, en lo referente a la expulsión de los moriscos. En primer lugar, no se les hizo salir por fanatismo religioso, sino por razones políticas ineludibles sobre las que espero algún día hablar. Como ellos eran, en efecto, los que cultivaban la mayoría del campo español, pasó éste por una crisis de abandono que a duras penas se intentó reparar con gentes extranjeras. El español se dedicaba a la milicia, a la colonización, a la guerra o a la vida religiosa y había perdido el hábito y el gusto del labrador, exactamente como hoy sucede en los países rectores del mundo: en los que, como en España entonces, se agolpan chicos y grandes en el quehacer de las ciudades y dejan los campos en manos exóticas. Mas la necesidad nos obligó a volver a la tierra. Y los que se lamentan todavía de la ruina de nuestros sembrados y de nuestros huertos al irse los moriscos, olvidan que el desastre fué pasajero y que no son moriscos, sino españoles los que hoy hacen producir todo lo que pueden, y aun más de lo que pueden, no sólo a las vegas y a las regiones privilegiadas del litoral donde los moriscos vivieron, sino a los pedregales de la meseta donde ellos no pusieron el pie. Blasfemia tiene que parecer el llamar perezosos a los infelices labriegos españoles, al que conozca su heroico trabajo y lo compare con el de los que viven en “la tierra mollar de Francia” o en las dulces praderas inglesas. Este hombre de nuestros campos, vestido de pana, que durante varios meses no se puede desnudar para

no helarse, que cultiva bancales inverosímiles o labra con dos caballerías menores en las laderas pinas, con más apariencia de hacer acrobacias que agricultura, es, en verdad, el menos perezoso de cuantos hombres viven en el planeta. Y el mismo Cajal, más adelante de su vida, despreocupado ya de las influencias librescas, dominantes por los años en que ingresó en esta Corporación, había de escribir aquellas otras palabras justísimas que es necesario copiar también: “¡Oh, los heroicos labriegos de nuestras mesetas esteparias! Amémosles cordialmente. Ellos han hecho el milagro de poblar regiones estériles, de las cuales el orondo francés o el rubicundo y linfático alemán huirían como de la peste!” Al final de su vida, como casi todos los hombres de su generación, acabó siendo un apasionado de la tierra desnuda y luminosa, del riguroso Aragón que le vió nacer y de la meseta castellana, donde vivió sus años más fecundos. A los argumentos, delicadamente estéticos que, por ejemplo, Cossío daba para exaltar la belleza de Castilla, él desde su posición histológica añadía: “menester es tener sentido cromático de oruga para echar siempre de menos el verde mojado y uniforme de los países del Norte y menospreciar la poesía penetrante del gris, del amarillo, del pardo y del azul” de los alrededores de Madrid.

El hombre español, en suma, trabaja, cuando tiene que trabajar, como nadie, a pesar del clima. Y no hay que achacar nuestro retraso material ni a la temperatura ni a la pereza.

Tampoco al exceso de la influencia religiosa, hipótesis que tuvo mucha boga y que Cajal recuerda, aludiendo, por cierto, entre sus propugnadores a Ramiro de Maeztu. A pesar de su actitud no confesional, muy frecuente en los hombres de su tiempo, hace ver D. Santiago lo absurdo de esta interpretación con argumentos muchas veces repetidos. La Inquisición no puso nunca dificultades al esplendor de las ciencias naturales. Lo malo era que el afán por la ciencia, apenas existía. Vigilaba, sí, el Santo Oficio la marcha del pensamiento teológico

con tan excesivo celo que ponía en cuarentena a San Ignacio, a Santa Teresa y a Fray Luis de León. Pero es absurdo decir que persiguió a nuestros escasos investigadores, como tales hombres de ciencia. Si en alguna ocasión puso a alguno de ellos en entredicho no fué por su ciencia, sino por su posible heterodoxia.

Entonces, ¿dónde buscar la explicación del mal? Las causas de nuestro retraso científico eran y siguen siendo múltiples; y el mismo Cajal, certeramente, nombró algunas de ellas. Sin duda, la primera es la pobreza del Estado, que don Santiago describe con los mismos argumentos que esgrimió el político más completo que tuvo la España de entonces y de todos los tiempos, Cánovas del Castillo. Luego volveré sobre ello. Esta pobreza depende de muchas circunstancias: de que no es el nuestro un país rico, por virtud de razones geográficas, entre ellas las que condicionan la sequedad, preocupación que a Cajal, como a Costa y a otros políticos de su tiempo, afectó con profunda y justa inquietud. Todavía estamos viviendo de la política hidráulica de entonces. Y a esta pobreza del suelo nativo unióse el que durante varios siglos malgastamos el caudal patrio y el copioso aguinaldo del oro de América en empresas superiores a nuestra capacidad. Y, por fin, el que, como antes he dicho, la planta más difícil de brotar en la Península es la del hacendista.

Cajal daba también capital importancia en la explicación de nuestro atraso al aislamiento. Ya antes me he referido a él, al hablar de nuestra Medicina; y ahora es el momento de insistir que nada perjudica al florecimiento científico y a la eficacia de la Universidad como el mantenerse separado de lo universal. Este aislamiento, que tanto daña a la ciencia, crece, a su vez, en el ambiente poco científico, como el cardo en el erial. La flor de la cultura es la curiosidad. Los pueblos de cultura precaria se desentienden de cuanto les rodea, creen fácilmente el mito de que se bastan a sí mismos y su

pensamiento se enquistaba y acaba por paralizarse. Es, pues, una cadena sin fin la que trágicamente enlaza al aislamiento con la incultura y a la incultura con el aislamiento. Nuestro gran historiador trataba de explicar el aislamiento hispánico por dos razones que hoy nos parecen inocentes: nuestro orgullo y nuestra apartada geografía. Todos los pueblos han sido orgullosos en sus horas de grandeza. Es tópico vulgar y justísimo, por ejemplo, el del orgullo británico; y este orgullo no impidió a los ingleses ser el pueblo más expansivo de la tierra ni crear una ciencia de primera calidad. En cuanto a nuestra geografía, hace medio siglo podría hablarse aún, como se habló aquí mismo, de “nuestra desdichada posición geográfica”. Pero hoy no; ni tampoco entonces, con rigurosa justicia, pues España fué durante largos siglos el centro político de Europa y siempre estuvo cerca —un día o dos de tren, en los tiempos de Cajal— de los países que eran, por aquellos días, emporio de la sabiduría universal. Nuestra posición geográfica es el único tesoro indiscutible que debemos a la Naturaleza. No se dieron cuenta de ellos nuestros padres ni maestros; y así, no pudieron presumir que, cincuenta años después, el mayor motivo del optimismo español dependería de su geografía.

Todas estas complejas causas de nuestro retraso científico convergen en una: que la ciencia no ha sido nunca, entre nosotros, una preocupación nacional. Y así como el artista brota fácilmente de medios incultos, el sabio, si se exceptúa el fenómeno insólito del genio, necesita un ambiente colectivo para florecer. Cajal expresó este mismo pensamiento al decir que en la ciencia las altas cumbres no surgen del llano, sino de la cordillera. La cordillera, creadora de cumbres, es la preocupación nacional por la ciencia. Y esta preocupación nacional no la tuvimos nosotros durante los siglos de nuestra grandeza porque vivimos derramados hacia fuera, en perpetua guerra, ya de conquista, ya civil, sin alcanzar el reposo necesario para organizar la ciencia, porque ésta requiere precisa-

mente lo que sólo da la paz: tranquilidad y espíritu de colaboración. Sin esto no puede haber ambiente científico y no puede haber un auténtico espíritu de Universidad.

En suma: el mal se localiza en la Universidad. Todo lo demás es accesorio y circunstancial. Pero de todo esto, del mal universitario, hablaré más adelante.

Me he detenido ahora en la explicación de nuestra penuria científica no sólo porque es instructivo comentar a distancia el capítulo más sugestivo del discurso de Cajal, sino también, y sobre todo, para hacer resaltar la magnitud de su obra y para intentar explicarnos cómo la logró hacer.

El genio y su azar.—En este medio casi estéril, la obra del maestro se alza, en verdad, no como cima eminente de una cordillera, sino como solitaria montaña en la llanura. Cierto que, como ya he explicado, los años de paz de la Restauración habían iniciado el cambio dichoso. Un anhelo naciente de universalidad fecundaba, desde una generación anterior a la suya, las anodinas cátedras españolas, y surgían aquí y allá cabezas magníficas en las que apuntaba el hombre de ciencia moderno. Les faltó el que sobre ellas se realizase esa conjugación de los tres azares que, cuando ocurre, dan lugar al genio. El feliz horóscopo se cumplió en Cajal.

El genio, en efecto, no surge sólo de la existencia de la mente extraordinaria, sino del encuentro de esta aptitud genial con el terreno propicio para que su semilla fructifique; porque los genios no sirven para todo, sino para una actividad específica, que puede no encontrar su medio favorable; y, finalmente, de que esa aptitud y ese medio intransferibles se encuentren y se fecunden mutuamente en el preciso y único momento histórico en que el descubrimiento debe surgir; porque cada descubrimiento nace cuando debe y no antes ni después. Cuando no coinciden estas tres eventualidades —aptitud, terreno y tiempo— el genio queda inédito. Es evidente, por

ejemplo, que Bonaparte con su mismo cerebro genial no hubiera realizado su obra de haberle dedicado sus padres a otra profesión que la militar; y ya militar, para desarrollar aquella obra, hubo de nacer, precisamente, en el momento en que se podía jugar al ajedrez contra todos los poderes establecidos en el tablero descomunal de Europa. En el hijo del modesto médico de Estepilla había la madera de un gran naturalista. Su cerebro estaba hecho para la observación; tenía la curiosidad por la naturaleza, la mirada analítica, la paciencia de piedra, la aptitud extraordinaria para el dibujo y el amor inquebrantable a la verdad. De haberle su padre obligado a ser hombre de leyes o ingeniero es seguro que el joven aragonés hubiera alcanzado una posición eminente, pero sin realizar su obra genial. Por fortuna, el dedo de Dios le señaló el camino exacto: el de la Medicina y, dentro de ella, el de la Anatomía. Eliminado ya el ejercicio profesional y vuelto de lleno hacia la investigación, había, en aquel momento histórico, para un espíritu como el suyo, cuatro grandes caminos llenos de promesas: el de la Histología, sobre todo la del sistema nervioso; el de la Bacteriología; el de la Fisiología, y el de la Química Biológica, que por entonces presagiaba ya el enorme desarrollo actual. El tiempo era propicio para que el genio se lanzase en pos de cualquiera de las cuatro aventuras; mas, para el resultado genial, el investigador español no podía ser, en principio, ni fisiólogo ni químico, sino únicamente bacteriólogo o histólogo. Y esto, por la razón esencial de que de las grandes ramas de la Biología citadas, sólo la Histología y la Bacteriología eran posibles en el ambiente español, sin calor tradicional, sin espíritu de colaboración y sin medios económicos. Un hombre genial como Cajal podía obviar la falta de antecedentes y la ausencia de ambiente propicio, pero no podía inventar los equipos de trabajadores, que no surgen de la nada sino de generaciones de hombres progresivamente preparados; ni menos hallar por arte de magia el dinero co-

pioso que se necesita para que un centro de Fisiología o de Bioquímica actúe con fecundidad. La misma Bacteriología, que Pasteur había realizado, en sus comienzos, por aquellos mismos años, en condiciones de pobreza análogas a las de nuestro investigador, se complicaba ya por entonces con la necesidad de estufas, medios de cultivo, animales de experimentación y aun personal auxiliar, inaccesibles al presupuesto paupérrimo de que Cajal pudo disponer eliminando de su modesto sueldo de catedrático todo lo que no fuera indispensable para la vida.

Un prodigioso azar hizo, pues, coincidir la aptitud, el tema y la ocasión, y a ello se agregó, como tónico poderoso que ayudó a Cajal a vencer las horas penosas del comienzo, y que ya nunca le había de abandonar, su fe en España, su ejemplar patriotismo. En esta hora de recoger las lecciones del maestro, el tema de su patriotismo requiere unas palabras más.

Los dos patriotismos.—No hay más que un modo de amar a la Patria, que es el sentirse orgulloso de pertenecer a ella, el desearla todo bien y el estar dispuesto por ese bien a sacrificarlo todo. Mas al fin patriótico se llega por dos caminos: el eufórico y el crítico, llamados indebidamente optimista y pesimista. El patriota eufórico encuentra cuanto ha sucedido y sucede en su país lo más perfecto y, sobre ello, no admite discusión. Pasa por optimista, pero no siempre lo es, fuera de la apariencia, porque muchas veces es sabido que el gesto expansivo disimula un efectivo encogimiento interior. Quienes tienen una obra importante que realizar en colaboración con otras gentes, saben bien lo poco que son de fiar los sistemáticamente optimistas. El patriota crítico afánase, por el contrario, en buscar los defectos de su país, pero no con pesimista abandono, sino para tratar de corregirlos. Su eficacia, no puede discutirse; en la vida de los pueblos como en la de los individuos, la perfección no nace de la satisfacción sistemática,

sino, al revés, del examen permanente de conciencia y de la dolorosa pero fecunda contrición.

Los dos patriotismos tienen, empero, su justificación y sus oportunidades, y es necio empeño querer adherir a uno de ellos como el únicamente bueno, denigrando al otro. El ideal en un país es que existan las dos modalidades de servirle: la entusiasta y la crítica. Lo peor es que uno u otro patriotismo se impongan desde arriba como patriotismo ortodoxo y oficial. En determinadas circunstancias de la Historia, aquella o esta aptitud pueden alcanzar una eficacia específica; y, concretamente, en los momentos malos de la Patria, está sobradamente indicada la actitud crítica, que supone el examen del error cometido y la voluntad de rectificarlo. En los años en que Cajal era joven, España atravesaba la amargura de la derrota; y puede asegurarse que la tribulación del hispanismo del joven médico, al presenciar el hundimiento del postrer jirón de nuestro Imperio colonial, fué el choque que encendió en su espíritu la noble y quijotesca decisión de reparar, en el campo de la ciencia, una parte del desastre nacional. No hay que añadir, porque aun resuenan aquí sus graves palabras, que la fecunda reacción partía de un severísimo juicio de la política y de la vida españolas, incluídas las de los siglos más gloriosos de nuestra Historia imperial.

Inútil es recordar también que esta actitud de creadora crítica era un sentimiento colectivo de los mejores españoles de entonces. Era la actitud de la que se ha llamado generación del 98, expresión afortunada por lo sintética y porque conecta el suceso humano con una fecha representativa, la del desastre; pero, a la vez, expresión peligrosa porque propende a circunscribir un profundo y complejo momento nacional en un grupo limitado de hombres, principalmente en unos cuantos artistas. De aquí las discusiones inacabables que ha suscitado la existencia, la obra y las tendencias de la supuesta generación. El excelente libro de Laín Entralgo es su úl-

timo y más comprensivo exponente. Aceptando, sin compromiso alguno, el título, repitamos que la generación del 98 representa una noble reacción crítica ante una grave crisis nacional; reacción que ganó a la casi totalidad de los españoles que sentían la responsabilidad de su Patria y de su tiempo. Fué, pues, algo más que el gesto de un grupo literario. Aquella amarga reacción ante una desdicha de la Patria fué fecunda, creadora y, sobre todo, inteligente. Bastaría para demostrarlo, compararla con la reacción de otros países que, en estos últimos años, han pasado por trances de análoga gravedad y que han respondido con los dos modos habituales, e igualmente estériles, ante el vencimiento: o ignorar deliberadamente la derrota o acogerse a la revancha imperialista.

Nada confirma la eficacia de aquel movimiento español como la consideración de sus resultados; porque creó una idea revalorizada, viva y generosa, actual, de España, a cambio de la España política e histórica que criticó; porque, aunque disminuyó el entusiasmo tradicional por muchas glorias que nos contaban los libros, acertó a crear un amor imperecedero por las cosas vivas de España —la tierra, el carácter, el hombre, el arte— que hasta entonces habían sido menospreciadas; porque abrió rumbos nuevos, en suma, al pensamiento español; y de ellos vivimos todavía. Sin ser gobernantes, sus protagonistas dieron a la política la dirección que han conservado, a pesar de sus tremendas oscilaciones, todos los Gobiernos posteriores hasta nuestros días: pan, escuelas, riego.

Aquel “gobernar con tristeza” que entusiasmaba a Costa y que Cajal preconizaba desde este sillón como una panacea, tuvo su utilidad; aunque sin negar que en otras épocas se pueda “gobernar con alegría”. Y no fué, lo del “gobernar con tristeza”, como se ha dicho, invención de la generación del 98, porque ya Cánovas lo había defendido y practicado; para él, éste había sido el secreto de la eficacia de los primeros Borbones.

Finalmente, a la generación aquella se debe, y esto se olvida siempre, la transformación de la ciencia española. La que existía, con carácter precario y localista, adquiere, al impulso de la crítica severa, sentido riguroso y universal; pero, además, nace una ciencia nueva entre nosotros, la Biología, representada por la formidable labor histológica de Cajal. Yo reprocho, siempre que hablo de esto, a los comentaristas de la generación del 98 el que, absortos en el interés de su aspecto literario, olviden lo más importante: su influencia científica.

No es necesario insistir, porque hasta los más recalcitrantes lo reconocen, sobre el sentido entrañablemente español y patriótico de aquel movimiento que siguió a la catástrofe. Si durante algún tiempo pareció excesiva su crítica de España y su llamamiento a la humildad nacional y al callado trabajo sin vocinglería, hoy vemos que este exceso era lógica reacción al exceso de optimismo que llevó a tantos españoles, no a morir luchando por un ideal frente a un enemigo más fuerte, que eso ha sido siempre nuestra tradición y nuestra gloria, sino a luchar con ese enemigo inmensamente poderoso, convencidos, por la estulticia oficial, de que nos bastaría presentarnos ante él para aniquilarle.

Ese patriotismo triste pero magníficamente eficaz, constructivo, aferrado a la realidad y sordo a la vanagloria, es el que encendió la vena creadora de Cajal. Acaso fué esto lo que le dió la ventaja sobre otros españoles insignes de su tiempo, que precisamente por no sentirse inflamados de la fe de nuestro histólogo, dejaron su obra por realizar. Con el mayor espeto pronuncio aquí el nombre de D. Luis Simarro, cabeza insuperablemente dotada y de cultura tal que quien le conoció tan a fondo como el Dr. Cortezo decía que “a nadie vió como él devorado por el ansia de saber”. Simarro sintió la misma inquietud biológica de Cajal, y su extraordinaria intuición técnica le condujo a emplear, con todo su rendimiento, antes que don Santiago, el método de la plata de Golgi. De Simarro lo apren-

dió aquél. Sin embargo, mientras uno realizaba su formidable obra histológica, el otro abandonó los métodos tan a fondo sabidos y derramó su poderoso talento en un monólogo prodigioso, conversacional, sobre lo divino y lo humano, que sólo sus amigos alcanzaron a gozar. Hoy, a distancia, se ve bien que lo esencial en estos dos destinos, que corrieron al principio paralelos y después divergieron de modo radical, fué el que la desgracia de España encendió el patriotismo a Cajal y a Simarro le llenó de escéptica dejadez. Cajal reconoce noblemente en sus *Recuerdos* que de Simarro aprendió el método de Golgi, que había de llevarle a sus más altos descubrimientos; y el reconocerlo nos da una lección admirable, semejante a la de Charcot cuando contaba que sus noticias sobre la enfermedad de Graves, uno de sus más resonantes éxitos de patólogo, se las había comunicado un joven estudiante inglés que tomaba de él lecciones de francés y de medicina. La confesión de don Santiago es, sobre todo, admirable en España, donde se exhibe como mérito no el saber las cosas bien, sino el saberlas unos días antes que los demás.

Así queda explicado cómo en un país sin tradición pudo surgir y lograr su pleno rendimiento la figura de Cajal. Coincidió su genio con la preocupación biológica de la época. Pudo, dentro de su específica aptitud, elegir un camino compatible con la falta de cooperación del medio. Y el patriotismo crítico y constructivo, brotado en una hora triste para España, le dió el afán necesario para llevar adelante la ardua tarea.

La obra científica de Cajal.—Esta obra, casi milagrosa, de Cajal se puede dividir en tres sectores: el científico, el literario y el pedagógico.

De la colosal creación científica, histológica en su casi totalidad, salvo sus iniciales escarceos bacteriológicos, sería indiscreto que me ocupara yo. Las líneas generales de sus descubrimientos —el modo de terminar las fibras nerviosas en la

substancia gris, la independencia anatómica de la neurona, la ley de polarización dinámica— son de conocimiento vulgar entre los biólogos; y el relato de los infinitos hechos arrancados por él a lo desconocido sería artificioso y de segunda mano al intentar resumirlo yo. Su discípulo predilecto y gran investigador también, D. Francisco Tello, lo hizo, al morir el maestro, de modo insuperable. Séame sólo permitido insistir sobre dos hechos ya mencionados: el que la obra de nuestro histólogo, como Fernando de Castro, otro de sus discípulos de primera categoría, dice, no es, cual la de otros investigadores célebres, “reunión de varios hechos dispersos, quizá importantísimos, pero brotados como al azar en la rebusca de la verdad, sino armoniosa consecuencia de una concepción puesta al servicio de una técnica que, a su vez, se ajustó rigurosamente al esquema preconcebido”. Ha dicho otro de los biógrafos del maestro que se tiene la impresión, cuando se conoce bien su obra y su vida, de que desde sus primeros pasos balbucientes en el camino de la investigación, estaba ya trazada en su espíritu la arquitectura general de la obra que había de realizar hasta el fin; y esto es exacto. Quiero recordar aquí una conversación memorable que tuve con Bergson, muy pocas semanas antes de morir, en la que, su prodigiosa inteligencia, más prodigiosa que nunca en aquella hora transida de la lucidez premortal, pasó revista a sus recuerdos y a sus meditaciones, que eran muchos, sobre España. Y recordaba, ante todo, una plática que tuvo en Madrid, con Cajal, cuya obra conocía a la perfección y admiraba en todo lo que tenía de trascendente para la vida del pensamiento. Yo estoy seguro, me dijo Bergson, de que los grandes hallazgos de Cajal no fueron más que comprobaciones objetivas de hechos que su cerebro había previsto como verdaderas realidades. Y añadió: por esto era un genio; y, en este sentido, le he comparado siempre con Ranvier, hombre extraordinario y gran técnico,

pero no genial, porque iba siempre a la zaga de los hechos y no por delante.

Azar hubo, como antes comentaba, en el proceso de la vocación de Cajal y en algunos de los venturosos hallazgos que estimularon a aquélla; azar lo hay en toda obra genial. Pero el desarrollo de su ingente labor responde a una intuición maravillosa y da una idea exacta del fecundo ajuste entre el pensamiento y la técnica y de la sumisión de ésta a aquél, tal como no alcanza a verse en ningún otro naturalista, si se exceptúa a Darwin.

La otra consideración que la obra de Cajal sugiere es su permanencia a través de un período de años que han visto nacer y morir tantas y tantas otras concepciones científicas. Su influjo ha sido hondísimo, fuera ya de la pura histología, en todas las disciplinas médicas, principalmente en las neurológicas. Es evidente el abismo que separa un libro de Neurología anterior a 1880 de otro de hoy; o el más hondo aun, que diferencia a dos tratados de Psiquiatría de las mismas fechas. Ese abismo de progreso, se debe, en buena parte, al paso de Cajal. Cajal, Serrington y Pavlov son los tres hombres que han hecho más por acercar a una explicación experimental el misterio de la vida nerviosa.

La obra artística y literaria.—Algo más me detendré en la consideración de otra faceta del genio de nuestro naturalista, faceta que contribuyó no poco a su popularidad: su actividad literaria y artística. Apenas ha habido hombres destacados en la ciencia que no hayan tenido, más o menos explícita, la tendencia a la creación artística, cuyo sentido luego explicaré. En nuestro histólogo fué muy precoz y exuberante. He aquí algunos de sus más interesantes aspectos.

Su aptitud para el dibujo estaba por encima de lo común. El la consideraba, con razón, como uno de los elementos de

la vocación de naturalista. Sus esquemas superan a los de los investigadores mejor dotados. Son, sin hipérbole, maravillosos. Sorolla, cuyo inmenso talento era, ante todo, intuición, hizo bien en retratarle, para la colección de Huntington, en Nueva York, resaltando su cráneo, iluminado de luz interior, sobre el fondo de una de sus estupendas representaciones murales de la textura nerviosa. Pero tal vez más admirables aun que estas grandes y trabajadas láminas eran los rápidos diseños que, con tizas de colores, derrochaba cada mañana para explicar, muy temprano, su lección de Histología a aquellas promociones numerosísimas y, si no irrespetuosas, un tanto distraídas ante el hombre que la suerte les había dado por maestro. Yo, que formé parte de ellas, pienso ahora que sólo nos exculpa de este pecado de la juventud, el que era mucho más grave todavía el pecado de la Universidad, que obligaba a investigador tan excepcional a hacer todos los años la misma obra de desbaste primario en muchachos ayunos de preparación.

La extraordinaria afición, habilidad y competencia que tuvo a la fotografía se explica porque era esta actividad como una conjunción de su amor a la ciencia y al arte. Parece que es extraordinario, desde el punto de vista técnico, su libro sobre la fotografía en colores. Yo no lo puedo juzgar. En esta preocupación de Cajal, que tuvieron otros hombres de ciencia de su tiempo, compañeros suyos en el Claustro de San Carlos, como D. Benito Hernando y D. José Gómez Ocaña, había también algo del acento infantil que caracterizaba y daba peculiar encanto a su personalidad. El mismo, con ingenuidad que hoy nos conmueve, clasifica “la contemplación de las fotografías” junto con “el paseo al aire libre”, “entre las distracciones permitidas al investigador, que han de ser aquellas que no estorben en nada a las nuevas asociaciones ideales”.

El talento literario del maestro era considerable también

No pudo tener una formación humanística, en la segunda enseñanza y en la Universidad —porque en España se enseñan asignaturas en serie y rara vez modos y actitudes de la cultura—; pero su avidez de saber le llevó a la lectura copiosa y desordenada de cuanto en su mano caía. Y así hizo su preparación literaria. Alude en sus escritos a una gran variedad de fuentes, españolas y extranjeras. Gran preferencia se observa en estas citas por los estudios dedicados a la vida nacional, a su crítica y a sus futuras posibilidades. De sus contemporáneos nombraba con predilección a Cánovas, a Costa, a Unamuno; entre los jóvenes, a Ortega y Gasset, a Ramiro de Maeztu; y yo conservo una carta suya con comentarios entusiastas sobre Pérez de Ayala. En ella expresa también su fervor por los clásicos españoles, cuya lectura y comprensión difundieron y exaltaron tanto los críticos de la generación suya. No hay que decir que era Cervantes su autoridad predilecta, con Gracián, paisano suyo y muy parecido a él en muchas cosas.

Todas estas lecturas, singularmente las de nuestros clásicos, formaron su sobrio, claro y expresivo estilo. Pero creo que más que nada influyó en la persuasiva limpidez de sus escritos, el hábito de la redacción científica. Porque nada enseña a hacer concisa y directamente elocuente la retórica como el tener que describir las cosas que se ven, para que los demás, sin verlas, las entiendan como si las estuviesen viendo. Cuesta mucho trabajo retratar, con palabras, lo que tenemos delante, aun lo que más sencillo parece; y ésta es la razón de que no haya nada más difícil que escribir un Manual o un Epítome en las ciencias experimentales. No puede hablarse de un verdadero maestro, por muchas conferencias elocuentes que prodigue y muchas comunicaciones que dé a la luz, hasta que no haya fijado el esquema de su sabiduría, hasta que no haya dicho lo que la vida le enseñó, en un libro breve, que cuando está bien

hecho supone elaboración más penosa que los vastos Tratados. Pero, a su vez, nada enseña al propio maestro como la feliz realización del Epítome. Escribiéndole, se aprende la rigurosa disciplina de la ciencia; el que todo lo que tanto costó aprender puede reducirse a unas cuantas páginas; y, sobre todo, el que cada frase debe ser vehículo escrito de una idea; el que toda palabra que nada dice estorba aunque sea bella; y el que ninguna retórica supera en atractivo y gracia a la claridad.

En alguno de los biógrafos de Cajal he leído la influencia que debió de tener en la ordenación de sus proyectos científicos la publicación de su primer libro, que fué su *Manual de Histología*. Creo que es verdad. Yo recuerdo el efecto que me hizo, en el primer año de mi vida universitaria, el empezar a leerlo, tras los cursos de bachillerato y del preparatorio, en los que el libro de texto solía ser una pesadilla torturante. Aquellas páginas, límpidas de forma y de pensamiento, eran un verdadero deleite. Y ahora, al releer la primera edición, que apareció cuando su autor tenía treinta y siete años (1889), la impresión gozosa se repite todavía; y se percibe claramente que, sin duda, fué en este libro donde se forjó el estilo del maestro.

Hay en este estilo, como en todos los muy personales, unos cuantos giros y expresiones que se repiten, a veces excesivamente. Ellos nos permitirían descubrir el rastro de su pluma en cualquier anónimo papel: como aquellos “fuerza es confesar”, “fuera menester”, “tengo para mí”, “harto mejor fuera”, “amén de”, “conducta prudente sería”, etc., que algunos de sus imitadores prodigan sin la transparencia dialéctica que era en el maestro lo esencial.

En su Discurso de entrada en esta Academia habla Cajal por lo largo de las condiciones del estilo científico, de la necesidad de ser claro y exacto y de abandonar los excesos de retórica que, con criterio muy de su tiempo, consideraba “como manifestación de meridionalismo superficial”, y, acaso ex-

cediéndose en la inventiva, “como causa muy poderosa de nuestro atraso científico”. El representó en la ciencia la reacción contra el “flato retórico”, reacción que Azorín llevó a la literatura. Y puede asegurarse que el éxito literario de Cajal dependió, en gran parte, de estas limpidez y concisión, que eran, por entonces, entre nosotros, grata novedad.

Sin embargo, el hombre de ciencia pura, casi puritano, que se precia, al pronunciar aquí su Discurso, de enemigo mortal de la gran retórica, horra de ciencia, que otros maestros prodigaban y que se encarnó en Letamendi, una vez que gustó de la inefable emoción de crear con la palabra escrita, sirviéndose de ella no como de un vehículo pasivo sino como de un instrumento vivo, infundido de nuestra propia alma, como si la pluma se enlazara directamente con el pensamiento y con el corazón, sintió la necesidad de recrearse en la metáfora brillante, en la frase morosamente pulida, en la fruición directa y pura de escribir; en la delicia, en fin, de la retórica. Y era natural que así fuera. La pasión de crear se impone a todos los prejuicios; y en el trance creador, que tiene algo como de genesiaco frenesí, las normas se rebasan y atropellan. La inspiración está, siempre, separada de la exageración por el canto de una uña. Y así, de la misma generación que quiso borrar la retórica de la literatura, nacieron los devotos de las formas más ampulosas y complicadas. Cossío, que en su admirable libro sobre *El Greco* habla dos o tres veces de la retórica despectivamente, ¿qué otra cosa que contradecirse hacía, al sublimar al gran artista cretense, cuya pintura es retórica hecha dibujo y color? Y Unamuno, uno de los renovadores del pensamiento de su época, profundamente admirado por Cajal, hizo, en toda la segunda mitad de su vida, su mayor preocupación de la trascendencia de la retórica.

Escribir, no sólo para describir; escribir, no sólo para crear con la palabra, sino para crear la palabra misma, ha

sido tentación invencible del científico en todos los tiempos; y no podía faltar en quien tenía, como Cajal, tan claras raíces de preocupación artística. Este anhelo se le escapa, por las rendijas de la austeridad pedagógica, en varios de sus escritos, así que el triunfo liberó a su espíritu del primitivo exceso de rigor; y a partir de entonces, encontraremos, aun en sus más severos textos científicos, expansiones líricas como ésta: “El jardín de la Neurología brinda al espectador espectáculos cautivadores y emociones artísticas incomparables. En él hallaron al fin mis instintos estéticos plena satisfacción. Como entomólogo a caza de mariposas de vistosos matices, mi atención perseguía en el vergel de la sustancia gris, células de formas delicadas y elegantes, las misteriosas mariposas del alma, cuyo batir de alas quién sabe si esclarecería algún día el secreto de la vida mental.”

Aquí se percibe, como en algunos párrafos de sus estudios sobre la fotografía, la retórica represada, pero llena todavía de la preocupación de aparecer sometido al culto estricto de la ciencia. Mas, al fin, había de lanzarse a la fruición literaria pura. Su impulso interior se unió a la abundancia de ideas que brotan en la plenitud de la victoria; y, tal vez, al estímulo de los lectores y críticos, pues son inacabables los elogios que se podrían recoger por entonces, tanto como a su labor de sabio, a su arte de escribir. Servía este arte a un pensamiento inquieto y a una información repleta de esas sugerencias de la ciencia que tan punzante interés despiertan en el lector profano. De aquí su éxito como genuino escritor. Pluma de tanta autoridad como la de D. Carlos María Cortezo recomendaba sus libros como repletos “de bellísimos párrafos de recia literatura e ideas originales de pensador genial”. Y era éste, el general sentir.

Así nacieron y se publicaron los *Cuentos de vacaciones*, los extensos *Recuerdos de mi vida*, las *Charlas de café*, el premortal volumen titulado *El mundo visto a los ochenta años* y, por fin, las ediciones en forma de libro del Dis-

curso de entrada en esta Real Academia, que debe incluirse entre las obras literarias del autor. Titulábase el Discurso: *Fundamentos, nociones y condiciones técnicas de la investigación biológica*. Lo leyó el 5 de diciembre de 1897, contestándole el Dr. D. Julián Calleja. Y no deja de ser instructivo anotar que este hombre extraordinario, que había sido ya rechazado, en sus primeras oposiciones, por un tribunal de catedráticos y que había realizado la primera parte de su estupenda obra, casi ignorado por los biólogos españoles, entró en la Academia de Ciencias propuesto por un geómetra y por un astrónomo, contra los académicos de la Sección de Ciencias Naturales, ¡que presentaron otro candidato contra él! Tres votaciones necesitó para ocupar este sillón. Y cuando leyó su memorable discurso, fué un médico práctico, y no los investigadores de su tiempo, que, aunque no ricos, entre todos lo pudieron hacer, el que se propuso salvar la disertación de la losa funeraria que suele caer sobre estas piezas oratorias y lo reeditó por su cuenta. Era aquel hombre benemérito el Dr. Lluria, especialista en vías urinarias, pero de educación cosmopolita y de preocupaciones generosas. Y no fué, ciertamente, sólo este gesto de devoción, el que Cajal debió a los médicos prácticos, para los que tuvo, en ocasiones, palabras demasiado duras. La apología más extensa y calurosa de su obra la publicó otro clínico, el Dr. Cortezo. Y si en casi todos los pueblos de España hay una plaza o una calle con el nombre del insigne español, puede asegurarse que, en la mayoría de los casos, la iniciativa y la realización del homenaje se debió al modesto, pero entusiasta, médico titular.

Grande fué el éxito de estos libros en el público y en parte de la crítica; y digo en parte, porque varios de los grandes intelectuales de la época se mantuvieron en reserva hostil frente a él. Cajal se quejó alguna vez de esto y tal vez influyó en que no se decidiera a escribir su discurso de ingreso en la

Real Academia de la Lengua. Pero el público, vario y numeroso, el anónimo, quizá el más apetecible para el autor, y sobre todo el de los estudiantes, le compensó con su admiración y su inagotable interés.

De las *Reglas y consejos*, de los *Recuerdos* y de las *Charlas de café* hiciéronse copiosas y repetidas ediciones. El volumen que dedicó a estudiar la visión de la vida a los ochenta años tuvo menos suerte, acaso por faltarle el impulso optimista de los anteriores. Está, en efecto, impregnado no de decadencia mental, sino de obsesión de la decadencia. Esta obsesión la sintió Cajal desde muy temprano. En uno de sus escritos aparecido a los cincuenta años habla ya de las limitaciones que impone a su actividad mental "la senectud"; queja de aprensivo, pues su cerebro conservó el ímpetu creador hasta el trance de la muerte. Los *Cuentos de vacaciones* los retiró él mismo de la circulación y de la lista de sus obras, dando con ello ejemplo de que era tan certero crítico de su obra como de la de los demás. Mas, en general, su prestigio de excelente escritor brilló, y no es poco decir, junto al fanal deslumbrante de su gloria científica. La Real Academia de la Lengua le llamó a su seno, aunque, como antes recordaba, no llegó a ingresar. Nada faltó, en fin, para completar su gloria literaria. Yo no sé lo que él pensaba de ella. Los que le trataron con mayor constancia e intimidad que yo podrían aclararlo. El, en sus conversaciones y en sus cartas, propendía a disminuir estos méritos con sincera modestia. Pero mi impresión es que tuvo en gran estima sus *Recuerdos*, que debían ser para él ese libro que todo autor escribe para recrearse él mismo, como en un espejo, no adulador sino piadoso; sin que le importe gran cosa el juicio de los demás. Están sus páginas evidentemente escritas con emoción y con deleite, con cuidadoso retoque en el estilo y llenas de sentido de ejemplaridad. El que aspira a enseñar a sus contemporáneos y sabe que él puede ser modelo de algo, debe sentir col-

mada esa razón de vivir que en la mayoría de los hombres está vacante a la hora de la muerte. Esa fruición la debió sentir Cajal, y la justificación de ella estaba en el *Diario* de su fecunda existencia.

Legitimidad y eficacia de la diversión no científica.—Es evidente que a Cajal, como a todos los hombres de ciencia que se han lanzado con mejor o peor fortuna a la aventura literaria —o a otras actividades artísticas— le empujaba un secreto y poderoso impulso que en otras ocasiones he tenido ocasión de analizar y nunca sin tener presente a D. Santiago. Me refiero al consciente afán del investigador de sentir la calurosa emoción de las gentes, suscitada no por el eco de la gloria que se alcanza en los certámenes científicos, que es siempre lejano, sino directamente, por la obra de creación artística; y junto con esto, la aspiración subconsciente de que la obra trabajada por nuestra mano perdure unida a nuestro nombre, que así sucede a la creación literaria, al cuadro, al monumento o a la sonata, pero no al libro de ciencia. Dentro de un siglo, la obra artística se lee, se ve o se oye, y su emoción está intransferiblemente ligada a su autor, que parece volver a crear, cada vez, para el nuevo espectador, su obra. Mientras que el hallazgo científico es, al poco tiempo, anónimo usufructo de todos. Todos lo utilizamos como cosa propia; honramos a su descubridor y luego le olvidamos. La *Sinfonía pastoral* suscita cada vez que se oye el recuerdo de Beethoven mientras que el que se inyecta contra la rabia es raro que se acuerde de Pasteur.

Por eso he defendido siempre la legitimidad de la diversión literaria de los hombres de ciencia. Sin contar con otra razón importantísima: con que esa diversión es el único remedio para prevenir el pecado que acecha a la sabiduría: la celosa susceptibilidad respecto de los que siguen los mismos estudios e investigaciones, aquellos que antes se llamaban los “émulos”.

La inevitable absorción del espíritu del sabio por sus temas, la trascendencia que da a cada detalle, ante el cual el resto del Universo palidece, ciega la fuente de su generosidad y, tanto como de sus descubrimientos, se obsesiona de llegar el primero a la meta, de no ceder a nadie ni una brizna de la gloria que le pertenece; y en su espíritu se erizan, como en un puerco espín, las menudas espinas de la mezquindad. Cajal fué siempre generoso con sus émulos, con sus discípulos, con los mismos que le criticaron. Y, sin olvidar su nativa naturaleza, estoy seguro que le ayudó a no ser mezquino el que supo jugar una parte de su gloria a otra carta que no era la científica. Hace años que hablaba yo, en sobremesa de uno de esos anti-páticos Congresos científicos, con un gran médico norteamericano, el cual criticaba a un ilustre cirujano de su país porque entretenía una parte de su tiempo en investigaciones históricas. “Pero, ¿qué quiere usted que haga —le objeté yo— para distraerse de sus diez horas diarias de quirófano?”. A lo que él me repuso: “Que haga lo que yo, que todas las mañanas dedico dos horas a partir leña”. Este robusto colega partía leña para lo mismo, para no ser exclusivamente médico y para dejar así una ventana abierta a la generosidad. Cualquier diversión es, con este fin, legítima. Pero no quise contestarle que me parecía distracción más noble para un hombre de ciencia leer libros y documentos históricos, tarea, por cierto, muy parecida a la de leer historias clínicas, que cortar árboles con un hacha, práctica que, ni los mismos cirujanos, pueden considerar afín a su quehacer; y aun podría haber añadido que el que considera legítimo hacer leña y no hacer historia, probablemente oculta el resentimiento del leñador que hubiera querido ser historiador y no ha podido serlo.

Trascendencia pedagógica de Cajal.— El tercer aspecto de la actividad de Cajal, el pedagógico, vemos hoy cuán trascendente fué. Acaso él mismo, al morir, no alcanzara a presumir-

lo. Hemos de considerar, a este respecto, la influencia directamente histológica de su obra; la que ejerció en la Medicina general; y la que tuvo sobre la evolución de la cultura, fuera ya de lo médico, en el país.

Aspiraba Cajal, en los años del ensueño constructivo, en él tan intensos y de los que nos ha dejado crónica admirable en sus *Recuerdos*, a crear una Histología española; y a fe que lo logró. Nada hay en la Naturaleza más fecundo que la inteligencia. Lo que pasa es que, a diferencia de las mies que recogemos a su tiempo fijo y nos llena las manos, el producto del humano ingenio tarda, a veces, en brotar; y quizá surge en campos inesperados y remotos; por lo que no nos damos cuenta de que acaso fuimos nosotros los que arrojamos la semilla. No hay un solo caso de hombre creador o simplemente de hombre eficaz cuya obra no haya fructificado copiosamente algún día, acaso cuando ya la daban todos por olvidada. Ningún hombre de buena voluntad y vida generosa debe, por ello, morir, por adversas que sean las apariencias, sin la absoluta certidumbre de que no ha sido estéril su paso por la tierra. Decía yo en otra ocasión que basta un buen profesor de Instituto, en la provincia de cultura más soñolienta, para que, al cabo del tiempo, el ambiente enrarecido se pueble de curiosidad y de energía creadoras. Y si el impulso fecundante parte de un hombre de irradiación universal, como Cajal; y si a este hombre la vida le rodea de las complementarias eficacias que da el justo renombre, entonces no se sabe hasta dónde puede llegar el movimiento renovador.

Cuando el joven médico aragonés, repatriado y anémico, decidió emprender su obra científica, la Histología española no tenía otro representante de nota que el Dr. Maestre de San Juan, que explicaba, proba pero modestamente, esta disciplina en el Doctorado de la Universidad Central. Unos cuantos licenciados acudían a su cátedra, probablemente sin otro objeto que sumar, con el menor esfuerzo posible, el número de

aprobados que se necesitan para alcanzar el grado de doctor. Medio siglo después, gracias a Cajal, la Histología española era y es una realidad gloriosa. El maestro se había multiplicado en numerosos discípulos eficaces. Cortezo, en su libro, en 1922, hacía, ya entonces, una entusiasta descripción de los seguidores ilustres de D. Santiago. Y quiero aprovechar esta ocasión para alabar como se merece ese libro, documento rarísimo en país de tan áspera convivencia como el nuestro, de generosa y absoluta glorificación de un grande hombre por un contemporáneo suyo. Pero ni la enumeración que Cajal hizo en sus *Recuerdos* de sus “discípulos aventajados” o “jóvenes laboriosos”, que eran ya “legión”, ni la lista con que la completó el Dr. Cortezo, daban idea de la espléndida floración de la semilla cajaliana. Recordaré, y sentiría olvidar a alguno, de los muertos o de los vivos, a Sala, Calleja, Oloriz Aguilera, García Izcara, Blánez, Bartual, De la Villa, Del Río Lara, Márquez, P. Ramón y Cajal, Tello, Gayarre, Achúcarro, Domingo Sánchez, Lafora, Del Río Hortega, Arcaute, Fortún, Sacristán, Calandre, Sánchez y Sánchez, Ramón Fañanas, Fernando de Castro, Villaverde, Lorente de No; y entre las generaciones nuevas, Gallego, Herrera, Vara López, Costero, Sánchez Lucas, Rodríguez López, Pérez Lista, Sanz Ibáñez, Arteta, Ramón Martínez, Rodríguez Puchat, Zamorano, Ortiz Picón. Todos ellos han contribuido, y algunos en medida excelsa, al auge de la moderna Histología normal o patológica. En cada Facultad de Medicina española, casi invariablemente, el profesor más competente y moderno es el de estas disciplinas. Y todos estos investigadores y maestros, aun aquellos que por su juventud no han sido discípulos directos del precursor, son espiritualmente hijos suyos.

El espectáculo es tan sorprendente que se piensa si no habrá influido en la espléndida cosecha tanto como la virtud del sembrador, el que cayera la semilla en tierras hasta entonces virginales. Para mí es seguro que así fué. La insó-

lita gloria del maestro atrajo, como un imán, a todas las mentes escogidas que, de otro modo, hubieran tan sólo ejercido su profesión con lucrativa brillantez o se hubieran perdido en tanteos de investigación por caminos no desbrozados. Pensemos, además, que la fecunda etapa no está todavía cubierta. Porque entre los citados continuadores de la gran obra hay varios que son ya, a su vez, cabeza de escuela y creadores de otra generación de naturalistas. Citaré sólo a tres: a D. Francisco Tello, de admirable labor histológica, fundador, en España, de una escuela de Anatomía Patológica, eficaz y copiosa, ya con destacados investigadores; a D. Pío del Río Hortega, insigne y original maestro, técnico exquisito, cuya contribución al conocimiento de la textura del sistema nervioso es fundamental; y a D. Rafael Lorente de No que, como del Río Hortega, ha llevado por el mundo con insuperable dignidad el prestigio de la ciencia española; autor de trascendentales hallazgos en la fisiopatología del sistema nervioso, y en trance de completarlos con otros que le han de colocar en la más eminente avanzada de la actual Biología. Del Río Hortega, vivió sus últimos años fuera de España, en París, en Oxford, en Buenos Aires, donde prematura y tristemente murió. Lorente de No, trabaja desde hace tiempo en Norteamérica. Pasa con ellos, y con otros, lo que con las grandes obras de arte cuando las compran gentes más cultas y más ricas que nosotros y las exportan al extranjero: el dolor de que no estén aquí, se temple, considerando que desde el otro lado de las fronteras irradian su prestigio español no sólo a los pueblos en que viven, sino a la tierra nativa que, con amargo gozo, los ve triunfar. Mas en el caso de los hombres ilustres, predomina, si bien se piensa, la reacción pesimista; porque el investigador, además de su obra, que es de todos y cuya eficacia se multiplica a medida que recorre la tierra, posee la virtud directa de su presencia sobre las nuevas generaciones, el catalítico influjo del maestro

que sólo se ejerce con los que están a su lado y que, tal vez, la juventud española necesita más que la de ningún otro país.

Por eso yo considero que ninguno de los deberes culturales del Estado español supera en urgencia al de rescatar para la Universidad patria a nuestros grandes investigadores, una vez que han terminado su obra de formación y de primera creación en el extranjero; y si para rescatarlos hubiera que sacrificar algunas consideraciones momentáneas, políticas, nunca como entonces estaría mejor empleado el patriotismo, que al fin y al cabo es sacrificio y, en este caso, sólo sacrificio de amor propio.

Una mención aparte quiero hacer, en esta revisión de los discípulos ilustres de Cajal, de uno hace ya largo tiempo desaparecido, de Nicolás Achúcarro. Su muerte en plena juventud es seguro que privó a España de una personalidad científica de primera línea; y, precisamente, en la disciplina y en la hora en que más le necesitábamos. Uníase en él, por razones de sangre y de educación, la agilidad y la brillantez de pensamiento de nuestra raza con la minucia, la frialdad analítica y la ingénita disposición para el método, propias de los países del centro y norte de Europa. Su obra, breve porque no dió su corta vida para más, era perfecta en cuanto a la técnica, pero, sobre todo, llena de esa visión lejana de los problemas que distingue del investigador corriente, por laborioso que sea, al que está tocado de la llama genial. Poseía, además, una cultura humana insólita por lo vasta y por lo poco frecuente en nuestros ambientes científicos y una fina atracción, rizada de leve y bondadoso humorismo, que aun hoy, al cabo de tantos años, mantiene intacto el recuerdo de su ma-lograda personalidad. Muchas veces he dicho que acaso sea nuestra patria la que más haya sufrido de la prematura desaparición de sus hombres excepcionales, de aquellos que, en la vida pública como en la del arte y la ciencia, parecían destinados a hacerla cambiar de rumbo. Entre éstos, en verdad

malogrados, hay que poner a Nicolás Achúcarro, ejemplar representativo de la soñada mezcla de dos genios, el español y el norteeuropeo.

Acerca de la influencia de la obra de Cajal, y ahora podemos decir ya que también de su escuela, sobre la Medicina española en general, ya he dicho lo que pienso. La Neurología y la Psiquiatría, casi inexistentes entre nosotros, que en su sentido moderno iniciara, con auspicios extraordinarios, Achúcarro, no se frustró con la muerte de éste, por grande que fuera la gravedad de su ausencia. Es hoy esta rama de nuestra Medicina una de las de más robusto desarrollo. La parte que de este vigor debemos a Cajal, si no fuera evidente, la demostraría el hecho de que los grandes iniciadores del movimiento —Achúcarro, Gayarre, Lafora, Sacristán, Villaverde— fueron antes que clínicos, eminentes histólogos; y se formaron, directa o indirectamente, en la escuela del maestro de Madrid. Y lo mismo podría decirse del movimiento ascendente de toda la Medicina española. Si juzgamos el estado de ésta aisladamente, es claro que nuestra crítica no puede ser satisfactoria y luego diré por qué. Pero si comparamos la enseñanza y el ejercicio profesional de hoy con los de la era precajaliana, “forzoso será reconocer” —empleando uno de los modismos del maestro— que el progreso obtenido no es el que corresponde al ritmo anterior, sino un verdadero salto hacia adelante que en su casi totalidad se explica por el influjo de la obra de Cajal. El patólogo que más ha influído en la actual Medicina española, a pesar de no haber sido profesor de Universidad, y quizá por no haberlo sido, D. Juan Madinaveitia, casi de la misma edad que D. Santiago, era un ferviente admirador de éste y nos conducía a sus discípulos con las mismas ideas y normas cajalianas aplicadas a la clínica y a aquel fervor por la anatomía patológica, que, en condiciones heroicas, realizó, él solo, durante muchos años, en la lóbrega y maloliente sala de autopsias del viejo Hospital General. Azúa,

creador de la escuela dermatológica moderna, y García Tapia, insigne reformador y propulsor de la Otorrinolaringología, eran fervientes del maestro; y el primer profesor oficial de Oftalmología y aportador de excelentes contribuciones a esta ciencia, D. Manuel Márquez, colaboró directamente en los fundamentales trabajos sobre la estructura de la retina y era considerado por Cajal como uno de sus discípulos predilectos. Finalmente, las principales escuelas de Patología médica actuales, ilustradas por los nombres de Teófilo Hernando, Novoa Santos, Pedro y Pons, Jiménez Díaz, Bañuelos, Cañizo y varios más, no son, en lo mejor que tienen, más que secuelas del impulso de rigor y modernidad iniciado por el gran maestro de Histología.

Las "Reglas y Consejos" y los "Recuerdos".—Más, acaso, la máxima influencia de éste deba estimarse al considerar el progreso científico en general. Todo lo que es investigación, y no sólo la médica ni la biología, tiene hoy en España la huella del insigne precursor. No olvido la parte que corresponde al resto del movimiento de amor a la Ciencia, que siguió al desastre de las Colonias. Pero su más significativo y eficaz representante fué Cajal. Como dice uno de sus discípulos, maestro él ya, también, universalmente reconocido, Fernando de Castro, Cajal contribuyó, en primera línea, a ese impulso científico general, extra-biológico. La difusión y la lectura del Discurso de esta Real Academia fueron su principal instrumento teórico, al que pronto se unió otro, práctico y eficazísimo, la Junta de Ampliación de Estudios, fundada por políticos que supieron escuchar la voz de su tiempo, organizada por D. José Castillejo y presidida y amparada con su autoridad, desde que pensó en crearla, por Cajal. Este, como puede verse en los capítulos finales de las *Reglas y Consejos*, la consideraba como herramienta esencial para el remedio de nuestra deficiencia científica y de lo que él llamaba "nuestro

abatimiento mental”, ya que los españoles enviados al extranjero habían de nutrir con el jugo exótico, al recio pero atrasado genio español; y ellos, además, habían de ser la base de nuestro nuevo profesorado. Porque, como antes he dicho, el maestro localizaba certeramente la causa del mal en nuestra Universidad y sólo en ella. El diagnóstico era exacto; tal vez no tanto el remedio, como enseguida diré.

Yo creo que Cajal, para incitar al joven español, contaba aún más que con las *Reglas y Consejos* con el libro de sus *Recuerdos*. Aquel, al que siempre llamaba “librito”, lo consideraba, quince años después, como lleno de defectos y se lamentaba de no tener tiempo para rehacerlo, a favor de su más vasta experiencia docente y de “sus nuevas lecturas filosóficas y pedagógicas”. En esto se equivocaba, como se equivoca casi siempre el autor que juzga su propia obra. Lo mejor del libro es lo que tiene de juvenil, de entusiasta, si se quiere de inexperto, con esa generosa inexperiencia que los años borran después, pero que permite al hombre no maduro recoger la cosecha de muchas cosas arbitrarias, pero útiles, de la juventud; que después, en los años del equilibrio, que son la antesala de los de la esclerosis, ya no nos atrevemos a manejar. En esa cosecha de la fecunda arbitrariedad está, con ínfrecuencia, escondido el gran descubrimiento; y, por eso, éste es, casi sin excepción, obra de la juventud. En cambio, lo menos bueno de las *Reglas y Consejos* son las citas pedagógicas y filosóficas, que su autor, a los sesenta años, hubiera querido, todavía, aumentar. Por ser juvenil y un tanto desmesurado en sus juicios, por los mismos que él calificaba de “harto fogosos razonamientos y patrióticas efusiones”, por no tener excesivas citas filosóficas, es por lo que ha sido su “librito” guía inapreciable de los estudiosos. Y esto que hoy decimos, como remota crítica, lo sospechaba él cuando añadía, unos años después, que “bien pudiera ocurrir que hoy, en plena senectud, nos parezcan de-

fectos, y lo serán acaso, precisamente aquellos rasgos que fijaron la atención del lector y ganaron su benevolencia”. Sin duda, era así.

Ninguna de estas dudas le asaltaron, sin embargo, respecto a sus *Recuerdos*, en los que, con el ejemplo de su propia vida, quiso dar a los jóvenes españoles la lección de la voluntad vencedora. En las *Reglas y Consejos*, el tema pedagógico, teórico, le quitaba seguridad; dudaba de que sus fuentes fueran suficientes y las mejores, de que las hubiera aprovechado con rigor y de que las hubiera expuesto con la más adecuada literatura. En los *Recuerdos*, en cambio, el tema y la fuente eran su propia personalidad, su misma vida; y de ellas estaba completamente seguro.

Mas también ante esto duda el lector actual. Los *Recuerdos* son, repitámoslo, literariamente, su mejor libro. Pero acaso en él, a pesar de la delicada modestia del autor, resalta demasiado lo que había de excepcional en el protagonista y, por tanto, de inaccesible para el estudiante de dotación media. Cuando los *Recuerdos* se publicaron, con clamoroso éxito, uno de los más inteligentes y fervorosos discípulos del maestro me hacía notar este defecto, achacándolo no sólo al inevitable vigor del autorretrato, sino a una cierta tendencia, quizá no consciente, del autor, a destacar la propia acción, achaque, por otra parte, que afecta a casi todas las Memorias que en el mundo se han escrito. Este adepto de Cajal comparaba sus *Recuerdos*, en los que, de cada suceso, pequeño o grande, aparece el autor como protagonista, con el *Diario* de Darwin, por cuyas páginas pasa, como un fantasma el naturalista inglés, refiriéndonos cuanto sucedió en torno suyo con la misma impassibilidad objetiva con que se cuentan los pétalos de una flor o se describen las escamas de un pez. El lector se da cuenta del genio de Darwin, no contemplando su persona, que apenas aparece, sino indirectamente, a través de la visión del mundo que vió y que anotó.

En las *Reglas y consejos*, en cambio, hay algo de esa misma y fecunda impersonalidad del libro de Darwin. Es una lección de pedagogía y no una autobiografía; y, sin embargo, como Castro advierte con perspicacia, es, a la vez, “un esbozo maravillosamente trazado por él mismo de su personalidad científica”; y podría añadirse que también de su personalidad humana. Todo autorretrato supone una actitud forzada, un poco de mueca artificiosa, porque al fin y al cabo ha exigido una larga contemplación del autor en el espejo, ante el que siempre se exagera o se disimula la verdad. Mientras que al exponer, sencillamente, nuestro pensamiento, hacemos sin querer nuestro propio retrato, vacío de detalles, pero con la espontánea y expresiva síntesis de una instantánea.

En las *Reglas y consejos*, inferior como libro, tiene, en suma, mucha más emoción persuasiva la lección admirable que pretendió Cajal enseñar, a saber: que la gran obra científica, incluso la fuera de lo común, la que vaga en los sueños del principiante en sus horas de adolescente delirio, se debe mucho más que “a las aptitudes excepcionales”, es decir, más que al talento y al genio, a “la disciplina de la voluntad”. Una de las más hermosas frases del maestro es aquella de que el descubrimiento, “a semejanza de la lotería, no sonríe siempre a los ricos, sino que se complace, de vez en cuando, en alegrar el hogar de los humildes”. Y añadía la confortadora y exacta observación de que los sabios de universal renombre a los que había tenido ocasión de tratar, daban casi siempre la impresión de pertenecer “a la categoría de las inteligencias regulares”, cuando no a la de los hombres de condición intelectual francamente mediocre; pero, eso sí, animados siempre por una voluntad de granito.

Claro es que estas afirmaciones optimistas no hacen más que trasladar a un plano distinto la definición del genio. Porque tan rara, tan excepcional como la calidad genial de la inteligencia, es la genial energía creadora, la disciplina ciclópea

de la voluntad. Yo no concibo el genio sin algo de sobrehumana fuerza material; y al decir sobrehumana me refiero más que a su cantidad, a su fervor; porque lo que diferencia a este esfuerzo del genio del que puede exhibir el hombre sencillamente voluntarioso, no es el caudal de la energía, sino la gran fe que la sirve de soporte; la fe que hace al genio sentirse irrevocablemente dedicado a un elevado ideal y no cejar, pase lo que pase, en la creadora labor.

Necesidad de la sencillez.—Así fué la obra de Cajal. Y la realizó sin dejar de ser tan sencillo como si hubiera terminado su carrera, sin pena ni gloria, en el fondeadero de una cátedra provinciana. Su sencillez se debía, ante todo, a aquel componente infantil que conservó hasta su muerte, definido por Cortezo con frase afortunada, al decir que “la bondad de Cajal se asoma, desde su alma, como un niño a una nube de plata, entre las barbas del anciano”. Pero además, y esto es lo más importante, fué sencillo por reflexión, por deber elemental de pedagogía, porque sólo se enseña cuando se habla y se escribe con claridad esquemática, casi humilde; y porque sólo siendo sencillo el maestro se evita a los jóvenes la sensación desalentadora del sabio excepcional. Pocas veces le he admirado, como hombre y como maestro, como al leer estas palabras que conviene siempre repetir: “¡Qué gran tónico sería para el novel investigador el que su maestro, en lugar de asombrarle y desalentarle con la sublimidad de las grandes empresas acabadas, le expusiera la génesis de cada investigación científica, la serie de errores y titubeos que la precedieron, constitutivos, desde el punto de vista humano, de la verdadera explicación de cada descubrimiento!”. “Tan hábil técnica pedagógica nos traería a la convicción de que el descubridor, con ser un ingenio esclarecido y una poderosa voluntad, fué, al fin y al cabo, un hombre como todos”. Enseñar, descubrir, crear, sin dejar de ser “un hombre como todos”: he

aquí el secreto de la única pedagogía eficaz. Cajal, no hay que decirlo, sabía bien que nada da la medida de la tontería de los hombres como la vanidad; y que aun más tonto que el vanidoso sin motivo alguno es el que tiene algún motivo serio para ser vanidoso.

Decía Emerson, otro de los autores predilectos de D. Santiago, y no mío, que todo grande hombre da una impresión compleja, distinta según el observatorio desde donde se le mira, como si su personalidad fuera una ensambladura de varias personalidades. En realidad, esto ocurre con todo ser humano, incluso con los de más romo ingenio; pero sin duda el fenómeno es más significativo en el hombre genial. En Cajal era patente la mezcla del investigador incomparablemente dotado y del hombre sencillo, de sencillez innata y modelada por su poderosa voluntad. Esta sencillez le hizo adorable hasta en sus defectos; que, por fortuna para él y para todos, los tuvo. Los héroes de una pieza que inventó la tragedia clásica no existen más que en la literatura. Cuando en la vida son de una pieza, no son héroes verdaderos, sino pobres hombres. Cajal era hombre de muchas piezas. El, no, no daba pie al equívoco de la “sola pieza”, impuesto por la retórica, que ha perturbado más de lo que se cree la historia de los pueblos.

La Biología española actual.—Las presentes meditaciones sobre Cajal y su obra requieren una segunda parte. El, planteó el problema de la ciencia española, y con su ejemplo, con su obra, con sus consejos y no con sus discursos brillantes, propuso y, en parte, acertó con su solución. Pero su misión no hubiera sido completa si, a la vez que estas soluciones, no nos hubiera legado lo más importante: una preocupación. Los grandes componentes de la vida de los pueblos —y ninguno supera en importancia al de su progreso espiritual— están en continua evolución, sujetos al devenir y a las circunstancias de cada momento de ese devenir. Las soluciones, por tanto, aun las

geniales, tienen sólo utilidad limitada; y, al agotarse, deben dejar tras de sí una nueva preocupación en armonía con el momento nuevo. Por eso, la gran herencia de los genios es esa preocupación, de eficacia perdurable, y no sus soluciones, de eficacia inevitablemente pasajera.

Así, pues, nosotros, al cabo de los cincuenta años, después de glorificar la obra cajaliana, debemos, dentro de las posibilidades de cada uno, aprestarnos a examinar otra vez la situación de la ciencia española, y en especial de la Biología, de la Medicina, que fueron la preocupación preferente del maestro. ¿Qué pensaría él de todo esto si viviera?, nos preguntamos. Y he aquí lo que yo creo que se podría contestar:

Respecto de la eficacia de su obra, su conclusión sólo podría ser optimista. Las palabras que escribía en 1923 —“El cuadro de conjunto es consolador y abre al patriota español perspectivas luminosas”— las tendría hoy que repetir con fervor renovado. Pero es igualmente cierto que habría de mantener y aun de acentuar con una pincelada sombría aquella otra frase exactísima: “Convengamos en que el fruto es deficiente aun, y harto inferior a nuestra potencialidad productiva. Avanzamos a paso de tortuga, cuando necesitaríamos velocidades planetarias”. Y esta preocupación del maestro, heredada por nosotros, se hace más entrañable si consideramos que el papel que España ha de representar en el porvenir o estará rectorado por su prestigio espiritual o no será nada. Si la arisca Grecia de hoy, en lugar de vivir del turismo de sus gloriosos vestigios, en los ratos que la guerra civil le deja libres, dedicara la mayor parte de su presupuesto al mantenimiento de escuelas superiores en las que luciera vivo e irradiante aquel espíritu que creó una civilización maravillosa, es seguro que volvería a ser un gran país y un centro de atracción para los espíritus mejores. De todos los demás pueblos de Europa central y occidental se podría decir otro tanto. El centro de gravedad de la civilización material se desplaza hacia el Mundo Nuevo;

pero, por eso mismo, aumenta el valor cultural de los pueblos henchidos de tradición. Y entre aquellas naciones rectoras, España debe ocupar primordial jerarquía, por su historia, local y europea, por la obra ya hecha en los otros Continentes, por la lengua que creó y por lo que creó con su lengua; por la tenacidad de sus fundamentales virtudes. Ojalá que la paz sea con nosotros para poder pensar en todo esto y para realizarlo generosamente; porque la única partida de los presupuestos que es siempre reproductiva y el único derroche que acaba siendo económico, son los que se invierten en favorecer a la sabiduría.

Miremos, pues, con infinito amor a nuestra vida inteligente, a nuestra ciencia actual y sopesemos, ante todo, sus defectos para corregirlos; y sus peligros para apartarlos. Estos defectos y peligros tienen dos orígenes. Unos, son universales y se deben a la situación climatérica del mundo. Otros, son estrictamente nacionales. Ambos serán examinados con la posible rapidez.

El sabio en el mundo actual.—La crisis actual del mundo no ha perdonado a ninguna de las actividades humanas y ha sido a la cultura a la que más profundamente ha herido. En primer lugar; por razones económicas. La vida se ha hecho muy cara y el investigador, en Europa y salvo excepciones, no puede vivir con el sueldo, siempre módico, que le asignan los Estados. Ha de compartir, pues, su tiempo entre la investigación y otras actividades que le ayuden a nivelar el presupuesto. Paralelamente, el coste de la investigación, los nuevos edificios, aparatos, reactivos, animales, personal auxiliar, etc., se han multiplicado aun para las disciplinas menos onerosas, como la Histología. Hoy nos parecen, no del tiempo de nuestros padres, sino de la Edad Media, historias como las de Cajal que con 52 duros mensuales de sueldo, más alguna lección particular, subvenía el sostenimiento de su familia y de su laboratorio de

investigaciones, a la adquisición de revistas extranjeras y a la edición de la suya, para publicar sus propios hallazgos. En su Discurso en esta Academia, fijaba en 1.800 a 2.000 pesetas el coste del material preciso para la investigación histológica y anatomopatológica. Quiere esto decir que, de haber nacido cincuenta años después, el propio Cajal, con toda su acerada energía, tal vez no hubiera podido realizar el milagro decisivo de sus primeros tiempos de naturalista.

Ese sabio romántico, de cuya memorable estirpe fué don Santiago el último y más glorioso representante, ha muerto para no resucitar. A partir de la guerra de 1914, vimos, en efecto, no sólo en España sino en todo el mundo, la desbandada de los sabios puros hacia las ocupaciones productivas, ya abandonando por completo la investigación, ya reservándola unas horas, como tributo a la antigua y noble tarea. Cada viaje a Francia o a Alemania nos hacía encontrar a los que antaño vimos ejerciendo y enseñando la ciencia pura, vencidos por el medio e instalados en industrias o dedicados al ejercicio de la clínica. A poco de terminada aquella primera guerra mundial, un profesor de París, M. P. Termier, publicó un libro lleno de esperanza, creyendo descubrir entre las promociones nuevas un número suficiente de jóvenes con vocación decidida y exclusiva para la investigación. Poco tiempo fué preciso para convencerse de que se equivocaba. Entre nosotros, sucedió otro tanto. Y que la causa era sólo económica, no se puede dudar. Todos los jóvenes, de entonces y de ahora, hubieran cambiado el éxito ruidoso y pingüe del más poderoso industrial o del cirujano más en boga por la cuarta parte de la austera gloria de Cajal. Pero, ante todo, había que vivir. El problema sólo han intentado resolverlo los países poderosos; tal vez en su plenitud, sólo uno de ellos, Norteamérica, con su fórmula de *full-times*, que se reduce a pagar al sabio lo suficiente para que pueda ser sabio sin peligro de muerte. Dícese que este generoso expediente no resuelve, por lo menos de mo-

mento, el problema de la creación de sabios nuevos. Pero los países ricos se permiten también el lujo de importarlos, gracias a su dinero y a la estupidez con que prescinden de ellos, por razones de raza o de política banal, los que tienen la suerte de poseerlos.

Entre este moderno sabio de equipo, que ha creado, no el capricho de nadie, sino la necesidad de los tiempos, y el sabio individual y romántico que encarnó Cajal, ¡qué distancia inmensa! El maestro español en la hora de su mayor inspiración escribía esta página, que reproduzco sin el texto delante, porque desde muchacho la sé de memoria: “¡Oh soledad confortadora, cuán propicia eres a la originalidad del pensamiento! ¡Cuán dulces y fecundas las invernales veladas, pasadas en el hogar-laboratorio, durante las cuales los centros docentes rechazan a sus devotos! ¡Ellas nos libran de fatales improvisaciones, dominan nuestra impaciencia y refinan la capacidad de observación! ¡Con qué cariño cuidamos de los instrumentos propios, cada uno de los cuales representa una vanidad negada o un vicio satisfecho! ¡En nuestro amor hacia ellos, apreciamos sus excelencias, notamos sus defectos, esquivamos sus lazos, penetramos, en fin, en su alma amiga que responde siempre, sumisa y simpáticamente, a los requerimientos de la nuestra!” Esta conmovedora visión del hogar-laboratorio es hoy un sueño. En los países en que todavía hay hogar, no hay posibilidad económica de convertirlo en laboratorio privado; y en los países extraordinariamente ricos, no suele haber hogar.

Profesionalismo y científicismo.—Mas lo peor es que la crisis económica afecta a los más íntimos matices de la vida espiritual. Y en las ciencias aplicadas, ha hecho recrudecerse dos males que se han convertido en plagas amenazadoras: el profesionalismo y el científicismo.

No sé cuál es peor. Comencemos por el profesionalismo. Su gravedad consiste más aun que en la deshonesta actividad

del médico, en el hecho de que el investigador, empujado por la necesidad, se haya refugiado en las profesiones liberales; y, de suerte que la profesión ha sido adaptada por hombres no vulgares, pero sin vocación fundamental para ejercerla; sin el espíritu de artesanía que el médico eficaz debe tener; es decir, sin amor al oficio, al humilde y santo oficio de médico; y sólo como recurso para ganarse el pan. Un gran maestro europeo, hoy emigrado a otro Continente, me decía, y quizá tuviera razón, que este profesionalismo de los que están espiritualmente de vuelta de la ciencia pura, es el más peligroso. En el laboratorio se ha adquirido una injusta idea, depresiva, de la profesión; y el que recurre a ella por necesidad y sin amor está, añadía, en la actitud del aristócrata que para ganarse el pan tiene que ponerse detrás de un mostrador al que desprecia.

Lo que fundamentalmente ennoblece al oficio de la Medicina es, en efecto, el espíritu artesano. Hay que recoger, y es en este noble recinto de la Ciencia donde debe hacerse; hay que recoger el sentido profesional de la Medicina, del arroyo donde le han dejado, malparado, los pecados de los mismos profesionales y el desdén de los investigadores. El mismo Cajal, al hablar de sus discípulos, contaba al lado de “los fallecidos en plena juventud”, a otros “perdidos por desgracia para la ciencia patria en el desierto de la Clínica”. Y en el Discurso de contestación al de Tello, en la Real Academia de Medicina, volvía sobre los investigadores y los profesionales, zahiriendo a éstos, dentro de su bonachona ironía, con un sordo rencor de espíritu de casta.

De nuevo hemos de recusar, con el máximo respeto, esta actitud. En primer lugar porque una profesión, cualquiera que sea, y mucho más la nuestra, es, en sí, sin salirse de sus límites estrictos de oficio empírico y humanitario, de tan noble categoría como la investigación. Muchos hemos sido y somos médicos por vocación directa e intransferible y no cambiaría-

mos por nada el placer inefable de buscar las causas del dolor y de intentar disminuirlo. Pero, además, nuestra profesión tiene en su entraña un anhelo, a veces conseguido, de ser ciencia y de contribuir así al hallazgo de la verdad. Cajal mismo cita varios ejemplos conocidos de médicos prácticos que hicieron compatible su profesión con la realización de una obra investigadora importante, como Virchow, como Koch y otros; y olvidó lo que es aún más demostrativo, el que, sin necesidad de ser a la vez médico e investigador, como los grandes sabios que él cita, se puede, no siendo otra cosa que médico, pero siéndolo de verdad, con la actitud y el fervor de un naturalista, contribuir poderosamente a hallazgos de idéntica categoría que los que salen de los laboratorios. La complicación de los métodos experimentales hace cada vez más difícil el que puedan repetirse los casos de Virchow y de Koch. Pero sigue siendo posible el que médicos prácticos descubran, como Addison, la función de las glándulas suprarrenales, o como Gull, la importancia fisiológica del tiroides, o como Goldschmit, la actividad del hipotálamo, o como Makensie, modalidades importantes del funcionalismo del corazón. En cualquier libro de Fisiología, los autores que se citan son, casi, tanto médicos como fisiólogos. Y esto, que proclamo con entusiasmo, no disminuye para mí la importancia de las ciencias experimentales, importancia que he pasado la vida predicando con mi modesta voz. ¿Para qué, pues, mirar sin generosidad a la profesión, suscitando el peligro del profesionalismo, hijo no tanto de la ambición crematística excesiva como de la falta de entusiasmo y de amor, del profesional inteligente por su trabajo?

Y adviértase que esta actitud generosa es tanto más necesaria cuanto que, por lo menos en nuestras latitudes, la conjunción de la labor profesional y de la investigadora es, por necesidad, frecuentísima. En la lista de los “discípulos aventajados” de Cajal, hay muchos que, a la larga, hubieron de

emigrar al “desierto de la Clínica”; y he aquí que, a veces, el presunto desierto no lo fué, sino oasis fecundo. Para los espíritus bien dotados y, además, generosos, la preparación experimental afina la aptitud contemplativa e interpretativa que caracteriza al verdadero médico. Sólo nombraré, porque ha muerto, a Nicolás Achúcarro, que en los breves años de su vida demostró la magnífica compatibilidad de entrambas actividades. Cajal hubo de reconocerlo también, con las naturales salvedades; y en la última versión de las *Reglas y consejos*, a las invectivas que dedicara en las primeras ediciones a los sabios que corren tras el oro, hubo de añadir esta nota significativa: “tal estado de cosas ha variado algo en la actualidad. El tipo del inventor que trabaja por afán de lucro abunda mucho hoy en Alemania y, en general, en las naciones más adelantadas. La lucha por la patente, la fiebre de la competencia industrial han turbado la calma augusta del templo de Minerva”; y terminaba preguntándose sin atreverse a dar la respuesta: “¿Es un mal o un bien?” Yo respondería que, por de pronto, es una necesidad.

De otras manifestaciones y causas del profesionalismo no me quiero ocupar aquí. Lo he hecho en un librito que ha corrido bastante entre los lectores de habla castellana. Es mal tan antiguo como las profesiones mismas. Ahora sólo me he referido a su relación con la crisis actual de la ciencia.

El mal del cientificismo es más grave aun. Cientificismo quiere decir alarde excesivo de una ciencia que, por lo menos en esa pretendida proporción, no se posee. Y como la exageración de la realidad es la caricatura, podría decirse que el cientificismo es la caricatura de la ciencia.

No corresponde el cientificismo, en contra de lo que alguien ha dicho, a ninguna de las variedades que aquí mismo describió Cajal entre las “enfermedades de la voluntad” que pueden atacar y destruir al hombre de ciencia. En su tiempo, era poco conocida aun. Participa el cientificista, tal vez, de los que Cajal

llamó “teorizantes” y también de los “bibliófilos y políglotas”; pero no es enteramente como éstos. El cientificismo es, repito, la exhibición y la valoración indebidas de un conjunto de datos que parecen ciencia y que, a veces, lo son en realidad. No se trata, entiéndase bien, de inventores de cosas que no saben. El cientificista sabe muchas cosas; el ser cientificista a la perfección no es empresa banal. La ciencia actual tiene en torno suyo un complicado artificio de revistas, libros, bibliografías, esquemas, demostraciones gráficas, cinematografía, comunicaciones, conferencias y Congresos nacionales e internacionales. Todo esto sirve para expresar y propagar la ciencia verdadera. Pero el imponente aparato ha llegado a tal perfección que puede ponerse en marcha y hacer todo su estruendo sin necesidad de un contenido original, sino sólo con unas cuantas ideas imaginadas o prestadas. Puede suceder, incluso, que exista con un núcleo de verdadero saber, pero desproporcionado por su modestia a la magnitud del aparato expositivo. Es decir, que el cientificista es sólo farsante a medias.

El truco del cientificismo es, como decía, no fácil de aprender y ejercitar con perfección; pero está en el fondo, al alcance de cualquier mente desenvuelta. Los que lo explotan forman hoy formidable legión; y ha llegado a constituir, en todas partes, uno de los obstáculos más importantes para el desarrollo del saber biológico de nuestros días. Por ejemplo, la lectura de las revistas se ha embarazado hasta lo increíble por el fárrago de artículos de esta categoría cientificista, entre los que hay que buscar la monografía exacta, la que contiene el saber legítimo, con las mismas dificultades que una aguja en un pajar. Ante un catálogo de libros o el anuncio de una serie de conferencias, la misma punzante indecisión nos acomete.

Es éste mal de todos los países. Con maestros de muchas latitudes he tenido ocasión de comentarlo en estos últimos años, y de todos he recogido idéntico enojo e idéntica preocupación. Pero, acaso, en nuestras razas se hace más escanda-

loso porque la pseudociencia ha sido rápida y fácilmente aprendida y manejada por el vivaz ingenio meridional; y, sobre todo, porque lejos de ser manufactura sospechosa y perseguida, aquí tiene un prestigio casi universitario, ya que, con esta fogarata de virtutas científicas, cuyas chispas son las citas, las fórmulas y los esquemas, se ganan entre nosotros las cátedras con más facilidad que con largos años de callado trabajo pedagógico y creador.

Nuestra falta de paz y la ciencia.— Y esto me lleva ya a tratar de las razones netamente hispánicas de la crisis científica actual. Se pueden condensar en dos: la falta de paz y el modo de elegir los profesores universitarios.

No hay para qué insistir en que la larga pugna civil que ha constituido la vida española en los últimos decenios ha agravado nuestra tradicional falta de preocupación científica, frustrando realidades que parecían próximas a su pleamar. Cajal vivió sus últimos años en esta angustia; y con acierto, que no siempre le reconocimos entonces, se inclinaba siempre, en cada torbellino político, por encima de otro orden de consideraciones, a lo que representara la paz. Era ya en sus años maduros —los nuestros, juveniles— y había rectificado aquella sentencia, peligrosamente errónea, que pronunciara, cuando él también era joven, desde este mismo sillón; a saber: que la “grandeza y poderío de las naciones es obra de la ciencia; y la justicia, el orden y las buenas leyes constituyen factores de prosperidad positiva, pero secundarios”. No. El orden y la justicia es lo primero, porque sin ellos la verdad y la ciencia no crecen o arrastran una vida miserable. El orden mismo, sin justicia, siendo recusable, es infinitamente más propicio que el desorden para el trabajo de investigación. Esta consideración dictó la conducta pública de los últimos años del maestro. Tenía razón. En definitiva, las discrepancias entre lo que él pensaba y lo que pensábamos

los jóvenes no dependía del amor o el desamor a la paz, que todos ansiábamos, sino de no estar seguros sobre dónde estaba la paz. ¡Triste destino el de los pueblos de nuestra raza!; no es que no quieran el bien, sino que no saben dónde está. No conciben la libertad, necesaria al vuelo fecundo del pensamiento, sin la agitación arbitraria; y de este modo suscitan invariablemente la necesidad de un orden impuesto, en el que el pensamiento tiene que vivir entre limitaciones. En este vaivén, la colaboración necesaria para crear la obra de ciencia se hace difícil. Y lo peor de la lucha civil es su larga perduración en las almas. Veinte años después de una guerra fratricida, dos investigadores disputan en lugar de entenderse, y frustran, quizá, un invento útil a los demás; y esto, que nadie se explica, es todavía bélica resaca. No hay enfermedad de convalecencia más difícil y penosa que la guerra, por grande que sea la generosidad del vencedor; y por grande que sea la generosidad del vencido; porque con ésta, tanto como con aquélla, ha de contarse para la paz. Y no esto sólo. La lucha acarrea inevitablemente la pobreza. Los lujos se tienen que suprimir y ya he dicho que hoy, el lujo más caro de todos es la investigación.

Así nos explicamos el que de las cuatro grandes ramas de la Biología, sólo la que exige menos dinero y menos colaboración, la anatómica, pueda mantener todavía entre nosotros el poderoso impulso que la imprimió Cajal. Pero aun en este sector, es urgente proveer a sus cultivadores, cuya vida empieza a ser heroica, de medios de vivir y trabajar para que puedan proseguir la magnífica tarea. Las otras tres actividades, la Bacteriología, la Química biológica y la Fisiología, requieren un espíritu de equipo, una instalación y un dispendio habitual, inaccesibles al presupuesto español, modesto siempre, y en los tiempos de violencia mermaidísimo por las empresas de reconstrucción y de mantenimiento de la paz. En distinta medida, esto mismo sucede en todas partes; pero en España,

el mal es más profundo porque no se trata de volver a poner en marcha los mecanismos de la investigación, momentáneamente detenidos, sino, en su mayor parte, de crearlos, y estamos ya muy retrasados en la competencia universal. Donde ha habido un Claudio Bernard es más fácil que vuelva a haberlo que donde nunca lo ha habido.

Constantemente he clamado por la necesidad inaplazable de dar un heroico impulso a nuestras actividades rigurosamente científicas. Sin ellas, la Medicina, por grande que parezca su progreso profesional, se estancará y derivará hacia el profesionalismo y el cientificismo, con caracteres de irreparable gravedad. Hace poco, al prologar el libro, admirable, de un fisiólogo español, el Dr. Morros Sardá, hacía yo notar cómo el gran desarrollo de la Medicina en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Italia, en Norteamérica y ahora en los países sudamericanos, ha sido invariablemente precedido de la obra de fisiólogos ilustres y, en consecuencia, del auge de la preparación estrictamente científica de los estudiantes. La Medicina española ha tenido su gran histólogo, pero le ha fallado el fisiólogo revolucionario; y hay que hacer todo lo posible para que surja. La etapa anatómica, gracias a Cajal, está en vías de lograrse. Pero falta la etapa siguiente, la fisiología y la química. Hemos asistido, es cierto, a un como presentimiento de ella, gracias a la influencia beneficiosa del renacer anatómico; porque lo cierto es que tras los beneméritos esfuerzos de algunos fisiólogos aislados, como Gómez Ocaña y Rodrigo Lavín que, a fuerza de inteligencia y de tensión voluntariosa, lograron suscitar un interés local por la Fisiología; y tras la obra ya organizada, mejor dotada y magníficamente dirigida, del Instituto de Fisiología de la Universidad de Barcelona, obra de Augusto Pi y Suñer, empezaban a brotar vocaciones fisiológicas extraordinarias entre nosotros, llenándonos de ilusión. Porque, iniciado el camino, el recorrerlo es empresa hacedera. Otra vez hay que insistir en el inmenso poder creador de la

inteligencia. Aun tratándose de disciplinas tan costosas como la Fisiología, unos pocos hombres de gran vocación podrían realizar el milagro; lo habían empezado a realizar. Nos entusiasma el ejemplo de América del Sur, poblada por nuestra misma raza, y especialmente de la República Argentina, donde un solo hombre, Houssay, en el espacio de una generación, ha creado un equipo de fisiólogos con los que ha llevado adelante una obra inmensa, poblando las Universidades del país de maestros excelentes e imbuyendo el criterio fisiológico a la juventud. No se ha necesitado más para que el nivel científico de su patria haya subido en espléndida marea. Quizá allí mismo no se den cuenta de todo esto con la plenitud con que lo vemos desde aquí. Ciertamente que en América hay, además, paz y oro. ¿Pero nosotros, no nos cansaremos algún día de inútiles peleas y ahorraremos de otros capítulos del presupuesto lo necesario para esta obra que, como antes he dicho, es la única seguramente reproductiva para el país? Para lograrlo, es preciso, ante todo, no perder lo que es más difícil de lograr que los medios materiales: las grandes vocaciones y las grandes aptitudes, el maestro a punto de formarse o el formado ya. Algunos de ellos, en pleno y glorioso rendimiento, están, por desgracia, alejados de nosotros o ausentes de la vida oficial.

La elección del profesorado.—El otro problema capital es el de la elección del profesorado. Cajal lo vió claramente y no podía ser menos; porque siempre que se ahonda en la rebusca de la causa de nuestro atraso científico se tantea a través de teorías ingeniosas y, a veces, en parte verdaderas, pero se llega siempre a un punto doloroso donde está la clave exacta y precisa: la Universidad. Siguiendo a Joaquín Costa, que propugnaba “menos Universidades y más sabios”, pedía nuestro histólogo, como último y supremo remedio, “transformar la Universidad”. Pero es justo reconocer que al llegar al

modo de ejecutar esta transformación olvidó el remedio heroico y seguramente eficaz, sin que dejemos de reconocer que eran también considerables los que él propuso.

Todos recordáis la fórmula del maestro. Era la misma de los demás espíritus generosos de entonces; y, por generosa, la tenemos que criticar con el mayor respeto. Reducíase a “europeizar” al catedrático. “Europeizando rápidamente al catedrático, decía, europeizaremos al discípulo y a la nación entera.” Muy poco tiempo ha bastado para que nos enseñe la realidad el peligro de fijar la meta de los anhelos grandes en grandezas transitorias.

No soy, ciertamente, de los ingenuos que se apresuran a rezar el responso a Europa. Por el contrario, creo más que nunca en el glorioso futuro de nuestro Continente, del cual podrá decirse lo que se quiera, menos la frase, atribuída a no sé quién, que definía al Nuevo Mundo como Continente sin contenido. Reventando de contenido está el nuestro, y por eso, a las veces, estalla. Mas lo que le hace perdurar no es ninguno de los modos exteriores de su cultura ni ninguna de sus civilizaciones nacionales, aquellas que entusiasmaban a D. Santiago y en cuyo fervor nos educamos también los hombres de mi generación. Fueron esas civilizaciones, la alemana, la inglesa, la francesa, magníficas y prodigiosamente fecundas. Pero no representaban ni representan lo permanente de Europa. Ese valor permanente reside también en otras cosas esparcidas aquí y allá, en las grandes y en las modestas naciones; y entre esas cosas estaba, con todos nuestros defectos, con todo lo que teníamos que aprender de los demás, el alma inmutable de un pueblo esencial en el mundo de la cultura, que es España. Por tanto, los españoles, antes que europeizarnos, hemos de españolizarnos, y después universalizarnos, sin predilección ninguna por este o por el otro Continente. Ahora, las gentes sonríen con desdén ante la idea de europeizarse, pero, en cambio, se quieren a toda costa americanizar. ¡Nada de servi-

dumbres nacionales ni continentales, que al fin representan, ya lo hemos visto, servir a señores que se pueden morir! Siendo español, como siendo inglés o francés o portugués, se está en condiciones de tener un alma universal y no sólo continental. Nuestra tradición fué universal, precisamente; cosa que ignoran muchos nacionalistas: los que lo son por miopía y no por generosidad. El único nacionalismo que perdura es el generoso, el que tiene, ante el mundo, las ventanas abiertas y el ademán propicio. Los españolistas que predicán el aislamiento olvidan que una España recogida en sí misma dejaría de ser España y habría que inventarla de nuevo.

El envío de los profesores al extranjero no es lo fundamental; sino el crear profesores que no tengan necesariamente que corregirse en el extranjero. Una cosa es proporcionar al joven ocasiones de universalizarse, que es el modo más seguro de nacionalizarse, y otra que se acepte como condición inevitable para andar por casa la previa expatriación; lo cual equivale a aceptar, como un hecho fatal, la mala formación del catedrático y la necesidad de lavarle el título en la lejía de la beca. Este es el punto que Cajal no se atrevió a tocar. Tampoco lo intentaron, que yo sepa, los demás que con él dirigieron con patriótico criterio la Junta de Ampliación de Estudios, cuya influencia llegó a ser, en los últimos tiempos de la Monarquía, decisiva.

El cáncer de las oposiciones.—Y, sin embargo, la causa fundamental de los defectos de nuestro profesorado es clara como la luz del día. Reside en el modo de reclutarlo, en las bárbaras y anticuadas oposiciones, vergüenza y cáncer de la Universidad española.

Jamás he podido explicarme ese invulnerable *noli me tangere* que defiende el estrafalario procedimiento selectivo, como si fuera milagrosa coraza. Los ministros de Instrucción Pública o de Educación Nacional, los mejor intencionados y en los

momentos de máxima autoridad y fervor reformatario, jamás han intentado ni siquiera tocar este punto, que es trascendental. Cualquiera de los cambios de método de la enseñanza, a los que nuestros políticos son tan aficionados, requieren mayor dispendio de energía y originan, de momento, perturbación más honda que la simplicísima medida que sería sustituir las oposiciones, que sólo en España existen, por el método de selección que usan absolutamente todas las demás naciones de la tierra. Se dice que a las oposiciones las defienden los intereses creados; y yo me he preguntado siempre quién o quiénes son esos intereses intangibles. No veo que puedan ser otros que los opositores de la variedad del papagayo. Mas el hecho es que todo puede transformarse en España; pero, pase lo que pase, las oposiciones siguen en pie. Cajal, que hubo de pasar por el trance de ser derrotado en sus primeras oposiciones por un contrincante más elocuente, pero cuya superioridad científica sobre el gran maestro no ha impedido que nadie vuelva a acordarse de su nombre, apenas dejó escapar leves protestas contra tamaño anacronismo. En su Discurso en esta Academia se quejó, sí, de que en las oposiciones no se exijan “pruebas objetivas de aptitud y vocación en vez de pruebas puramente subjetivas y, en cierto modo, proféticas”. Más adelante de su vida, habló también, al lamentar su enemistad con Simarro, de que ella fué “fruto amargo de nuestro brutal y envenenado sistema de oposiciones a Cátedra”. Pero en alguna ocasión en que toqué, hablando con él, este problema le hallé reservado y escéptico. Tal es la fuerza que tienen en España instituciones notoriamente dañinas pero acomodadas a un modo peculiar de entender el sentimiento patrio, aceptando sus defectos como si fueran componentes esenciales y definitivos de nuestra vida nacional.

Si no fuera por la solemnidad de la ocasión, no insistiría más sobre todo esto, que parece en mí, más que preocupación, manía. Pero no creo que pueda nadie rebatir la realidad de estos

tremendos males ligados al método oposicionista; primero, aun suponiendo una absoluta competencia y ecuanimidad en los jueces, los ejercicios de oposición no revelan ni pueden revelar el saber verdadero ni la eficacia pedagógica del aspirante, sino un conjunto de cualidades, como la memoria, la brillantez expositiva —la brillantez expositiva que puede no ser la mejor técnica para enseñar— la erudición improvisada e impresionante y la habilidad dialéctica, ninguna de cuyas cualidades es necesaria ni siquiera importante para el ejercicio magistral. Y así, podrían multiplicarse los ejemplos de catedráticos que realizaron oposiciones brillantísimas ante la entusiasta unanimidad de jueces y espectadores y que fueron después adocenados o pésimos maestros. Como dice Cajal, son, los de las oposiciones, ejercicios “proféticos”; y las profecías humanas fallan muchas veces. Es, pues, mortal pecado encomendar a un azar toda la responsabilidad que una Cátedra representa.

Segundo: la oposición elimina para la enseñanza un número importantísimo de posibles grandes maestros, incapaces de vencer al oposicionista aguerrido en los lances de la absurda prueba. Nadie ignora que personas de profundo saber y de vocación didáctica decisiva han renunciado a formar parte de la Universidad por no sentirse aptos para la oposición. Y que no pocos que lo intentaron fueron vencidos, con toda justicia dentro de la injusticia capital del método, por otros hombres menos capaces pero duchos en la técnica oposicionista, adquirida, muchas veces, en una larga práctica; porque hay especialistas de las oposiciones, cualesquiera que éstas sean. Y entre los vencidos por esta injusta justicia, muchos se desaniman y se pierden para la enseñanza y aun para el cultivo de la ciencia. Esto le ocurrió a un hombre tan singular como Simarro; y a él podría añadir otros muchos.

Tercero: la oposición, al abrir la máxima puerta del profesorado mediante unas pruebas verbalistas que se pueden realizar en plena juventud, mejor dicho, que sólo en la ju-

ventud se pueden llevar a cabo con brillantez, elimina de la investigación y de la enseñanza a un número enorme de gentes aptas que tendrían que colaborar en la tarea pedagógica si esta colaboración fuera, como es en todas partes, condición esencial para el acceso a la Cátedra. Cuando nos lamentamos de la ausencia de espíritu de equipo que malogra muchas actividades científicas en nuestro país, podría añadirse sin temor a errar que esa ausencia se debe casi en absoluto a que, entre nosotros, no pueden existir esos auxiliares, que vemos en otras partes, llenos de vocación, que trabajan al lado de los maestros sabiendo que su éxito futuro dependerá de la entusiasta y larga permanencia al lado del gran profesor.

Cuarto: la técnica opositorista tiene aún otro inconveniente que parece banal y yo juzgo el peor: el que imprime, para siempre, en la cabeza de los opositores, que son la flor de cada generación por su ambición y su capacidad, la huella funesta del hecho de que para triunfar, más que el saber verdadero, se cotiza la exhibición verbal, el cientificismo. Para algunos es esto, afortunadamente, un trámite desagradable, una horca caudina que hay que pasar y que después se olvida, reanudando la marcha por el camino recto. Pero otras veces, muchas veces, conseguida la prebenda —que trae consigo la categoría oficial vitalicia, el éxito profesional y el paso a otras posibles sinecuras— el triunfador se dice: ¿para qué molestarse en rectificar un camino que me ha sido tan pingüe? Y la torcedura mental —y moral— queda ya definitivamente impresa.

Y hay más todavía: el tipo de controversia que la oposición exige, criticando al contrario, no con argumentos serenos, sino con un navajeo dialéctico que no tiene inconveniente en penetrar en zonas que la urbanidad y el respeto hacen normalmente intangibles, deforma para siempre el espíritu de los protagonistas. Un público tumultoso, y muchas veces soez, idéntico hoy al que nos describe Torres de Villarroel en

los tiempos ominosos de la decadencia de la Universidad de Salamanca, excita con su pasión la de los contendientes, en el vergonzoso ejercicio de las trincas; y es allí y es así dónde y cómo los alumnos aprenden a discutir los problemas de la ciencia. A las trincas se debe principalmente el que las discusiones, incluso en los ambientes académicos, sean tan arriesgadas entre nosotros y sirvan tan pocas veces para el noble fin de que de ellas brote la luz.

Cada vez que he dicho esto se me ha respondido con los tres argumentos siguientes: uno, que los españoles hacemos la oposición y no la libre y consciente elección de los mejores, después de ya experimentados, porque sí, porque queremos, por eso de la “real gana” que, desventuradamente, ha pasado del vocabulario del arroyo a los labios y a los planes de los rectores de nuestra educación. Oí por primera vez esta majeza a un joven, convertido en profesor a las pocas semanas de licenciado. Hoy, este ex joven, vegeta sumido en la penumbra de su inepticia; pero ello no le impide regentar, por toda su vida, una cátedra española. Sobre esto, tan triste, pasaré de largo.

Aducen otros el ejemplo de los maestros gloriosos que han honrado a nuestra Universidad, tras ganar sus cátedras por oposición. Es natural: los hombres como Cajal, como Menéndez Pelayo, como Ortega y Gasset y otros, si no de su categoría excelsa, de primera calidad, aunque no poseyeran las dotes oposicionistas, tienen un peso científico suficiente para inclinar a su favor la balanza de las pruebas. Pero adviértase que si los genios honran a la Universidad, la gran obra universitaria no la suelen hacer ellos. Menéndez Pelayo realizó su vasta labor cultural sin poner los pies en su cátedra; y el mismo Cajal, que era profesor puntualísimo, es evidente que fué desde su laboratorio y no en la Facultad de Medicina donde transformó la Medicina española. Esta misma labor fundamental, de seminario, como la que realizaron también Menéndez Pidal, Asín Palacios, Ortega y Gasset y algunos más.

es cierto que la Universidad la facilitó; pero estos hombres igual la hubieran podido hacer sin poseer cátedras; como la hicieron, en Medicina, Madinaveitia; en Anatomía Patológica, Del Río Hortega; en Bacteriología, Turró, para sólo citar a algunos de los contemporáneos. La fundamental y cotidiana tarea de la Universidad la realizan los hombres de talla media, bien preparados y con profunda vocación. Son los que forman la cordillera de donde surgirán las altas cimas; y esos utilísimos ingenios que no tienen otro acceso que la oposición, son diezmados por ésta y muchas veces postergados ante el memorista brillante, que busca en la cátedra, no realizar una vocación, sino el ascenso y el marchamo de profesor, necesarios para el auge profesional; por lo que no es frecuente que no vuelvan a pisar las aulas, delegando la enseñanza en modestos auxiliares. Este inmoral subterfugio ha alcanzado entre nosotros proporciones de escándalo. Tiene, sin embargo, un lado bueno: el que, con frecuencia, el modesto auxiliar que sustituye al titular pomposo posee un celo didáctico muy superior al de aquél y acaba siendo mucho más útil.

Los partidarios de la oposición enumeran los grandes maestros que, mediante ella, han podido dar lustre a la Universidad. Pero es evidente que si se eligieran sin oposición a los más aptos, estarían en la Universidad los mismos de ahora y otros que ahora no están.

Y aun hay otro tercer grupo de argumentos, tristes argumentos, que aducen los opositoristas. Es el reducto donde se refugian cuando no pueden contestar a la crítica del sistema. Lo oí, incluso, de los labios venerables de Cajal. Este argumento es que la oposición, en un país de favoritismos como el nuestro, resulta, con todos sus inconvenientes, la única garantía de justicia. Argumento recusable, empero, ante todo por dignidad nacional, porque presupone una corrupción en los encargados de juzgar que no podemos admitir y que, por fortuna, puede terminantemente denegarse. Yo he formado

parte de tribunales de concurso durante muchos años; y puedo asegurar que jamás se pensó en otra cosa que en el bien de la enseñanza, al decidir. Las cartas de recomendación cada vez eran más raras, y se archivaban para responderlas con un “me alegro mucho” o “lo siento en el alma”, según cual fuera la sentencia. La política, hay que decirlo, apenas se atrevía a inmiscuirse en las decisiones. Si algún alto personaje nos hablaba, era para que certificáramos con unas líneas su interés, que él, a su vez, hacía valer ante los valedores del candidato, casi siempre electores suyos, pero sin que jamás asomaran ni indicios de coacción. La historia de los tribunales universitarios está llena de anécdotas verídicas de concursantes, y aun de opositores, amparados por altísimas, a veces egregias, influencias, que se contestaron con un “no”, porque era justo hacerlo así. Si el intento de maniobra asomaba, era casi invariablemente movido por algún otro profesor, por los universitarios con madera caciquil; pues no debe olvidarse que el último reducto del clásico cacique español está en los cuadros profesionales de la Universidad. Pero no hay que decir que, invariablemente, su pretensión era sofocada, si no era justa, con los votos adversos. “Usted habla por su experiencia”, me han objetado a esto. Mas yo he preguntado a varias docenas de profesores que han tomado parte durante treinta años en numerosos tribunales, y su opinión coincide en absoluto con ésta, optimista, que acabo de exponer.

No es un elogio decir que en la Universidad española sería muy difícil que se reunieran cinco hombres para elegir un profesor por concurso y lo resolvieran a favor del menos bueno. El ponerlo en duda debe rechazarse como el máximo agravio. En el que opta a un concurso universitario se ha de suponer una historia larga y pública dedicada a la enseñanza y a la investigación; y es muy difícil hacer juegos de manos con valores que están sancionados públicamente. Pero admitiendo que en determinadas circunstancias se decidieran desde

las alturas a forzar una de estas elecciones, por razones extrañas a la ciencia, yo estoy seguro de que los que se presntasen al escamoteo de la verdad lo harían con el mismo desparpajo si en lugar de ser jueces de un concurso, en los que se decide en la intimidad, lo fuesen de una oposición, en la que hay que votar cara al público. No son muchos los casos de oposiciones escandalosamente venales en los últimos decenios, pero sí los suficientes para que conste su posibilidad y, en consecuencia, para echar por tierra argumento de que la oposición es una garantía de la justicia.

Los edificios y los hombres.—Las oposiciones desaparecerán, por honda que sea su raíz y por robustos que sean los intereses que las amparan. Tengo una fe absoluta, por el bien de España, en que desaparecerán. Desaparecerán como desaparece todo lo que sirve mal a los intereses generales. Y sólo cuando hayan desaparecido comenzará la obra de reforma profunda del profesorado. Entonces no será preciso enviar a los maestros al extranjero para que se europeicen ni para que se americanicen, sino sólo para realizar ese cotejo de los criterios, de las técnicas y de los hechos que, en todas partes, se desea y se lleva a cabo para el mutuo perfeccionamiento y para no olvidar la gran verdad de que la ciencia es un bien universal y que es su progreso la obra de todos. Hasta entonces es muy poco lo que hay que hacer. En los pueblos de nuestra raza, los Gobiernos eluden estas transformaciones de la esencia misma de la Universidad y satisfacen su ansia de cultura construyendo edificios suntuosos y bien dotados de material, pero, con frecuencia, vacíos de maestros y, por tanto, ineficaces. A todos nos han mostrado, viajando por aquí y por allá, instalaciones magníficas, con su personal vestido de blusas blancas, aun vírgenes de la primera mancha de un reactivo, y con los utensilios en ese orden inconfundiblemente perfecto que tiene lo que nunca se ha usado. Hace ya cincuenta años que

Cajal se quejaba de que en España se habían “creado espléndidos laboratorios a beneficio de varones cuya aptitud y patriotismo parecían harto dudosos”; y añadía quince años después: “existen actualmente laboratorios en España tan suntuosamente dotados que los envidian los sabios más grandes del extranjero. Y, sin embargo, en ellos, se produce poco o nada. Es que nuestros ministros o corporaciones docentes se han olvidado de dos cosas importantes: que no basta declararse investigador para serlo; y que los descubrimientos los hacen los hombres y no los aparatos científicos y las copiosas bibliotecas”.

De nada sirvieron las severas advertencias del maestro. Poco después se iniciaba la obra generosa, pero equivocada, de la Ciudad Universitaria, con el mismo criterio de crear un cascarón inmensamente superior al huevo, y no con el que la Naturaleza misma nos indica, de que sea el huevo, sano y potente, el que, al crecer, dilate el cascarón. Un político de unos años después, que hoy goza de la paz eterna, hacía ya, explícitamente, de este modo de pensar una fórmula, cuando exclamaba: “de los gobiernos sólo quedan los edificios”; y se equivocaba; porque, a la postre, los edificios desaparecen y sólo perdura la obra buena que se hace en los edificios, cuando hay, y si no, no, hombres dentro, capaces para llevarla a cabo.

El edificio, el material, es importante. El mantenerlo activo es, como tantas veces he dicho, costosísimo; tanto, que los Estados más ricos apenas pueden pagar este lujo y, en todas partes, son hoy la fortunas particulares y las grandes industrias las que dedican una parte cuantiosa de sus ingresos a sostener el necesario derroche de la Ciencia. Con todo, lo esencial es el hombre: favorecer la vocación y la aptitud del investigador y del profesional recto y fecundo; dotar a aquél de los emolumentos necesarios para que pueda vivir sin dispersarse en esfuerzos; rodearle de un ambiente propicio de

auxiliares y docentes aspirantes a ser maestros mañana; y elegir, en fin, estos maestros no jugando a la lotería de la oposición, sino invitando para la cátedra al que esté ya sancionado por su reiterado amor a la enseñanza y a la ciencia.

La fe del maestro.—Este camino, es seguro que, pese a todos los obstáculos universales y nacionales, puede llevar a la ciencia española a la situación eminente que exigen el pasado y el destino de nuestra raza. Nuestro material humano es magnífico. Sólo falta, y es empresa ardua pero realizable, crear el medio adecuado para que ese material dé su fruto; para que no siga ocurriendo que hombres que aquí hubieran vegetado en la medianía, si el azar los lleva a otros países revelen insospechada capacidad creadora, y nos envíen desde fuera su gloria envuelta en el dolor de que no sea española más que a medias.

Yo estoy seguro de que nada sería más grato a D. Santiago Ramón y Cajal, que el que estas reflexiones sobre su memorable Discurso y sobre toda su obra terminaran, a los cincuenta años, con unas palabras optimistas. Aquí están. Bien sabe Dios que me salen del corazón. No podemos aspirar, la mayor parte, a seguir su glorioso camino en la investigación. Su obra es única en la historia de la Ciencia española; y es bueno repetirlo para enseñanza de los ignorantes, para recordatorio de los flacos de memoria y para corrección de los resentidos. Pero todos, aun los más modestos, tenemos el deber de mantener en alto la generosa fe que Cajal tuvo en España y aquel gesto de pasión y de ternura tan suyo que le llevó a redactar su libro magno para que fuera “ofrenda de fervoroso amor rendida por un español a su menospreciado país”; y que cuando tenía que elegir a alguien para el servicio de la ciencia y de la Patria, no preguntaba su nombre, ni su filiación política, ni nada que no fuera su saber, sin discernir en él, según sus propias palabras, “otros colores que los gloriosos de la española bandera”.

NOTA BIBLIOGRAFICA

1. CAJAL: *Manual de Histología Normal*. Valencia, 1889.
2. CAJAL: *Discurso de entrada en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*. Madrid, 1897.
3. CAJAL: *Reglas y Consejos sobre Investigación Científica*. Madrid, 1896; 6.^a edición de 1923.
4. CAJAL: *Recuerdos de mi vida*. Madrid, 1901.
5. CAJAL: *La Fotografía de los colores*. Madrid, 1912.
6. CAJAL: *Charlas de café*. Madrid, 1921.
7. CAJAL: *Discurso de contestación al del Dr. Tello en su entrada en la Real Academia de Medicina* Madrid, 1923.
8. CAJAL: *El Mundo visto a los ochenta años*. Madrid, 1934.
9. CASTRO: *Santiago Ramón y Cajal (1852-1934)*. «Archivos de Neurobiología», 1934; XIV, 6.
10. CORTEZO: *Cajal. Su personalidad, su obra, su escuela*. Madrid, 1922.
11. DURÁN MUÑOZ y SANCHO DUARTE: *Recopilaciones y estudios cajalianos*. Vitoria, 1945.
12. HERNANDO: *La enseñanza de la Medicina en España*. Madrid, 1934.
13. NAGEOTTE: *Santiago Ramón y Cajal*. «Paris Medical», 1934, 8 de diciembre.
14. SÁNCHEZ y SÁNCHEZ: *Cajal. Discurso leído en la Sociedad Española de Antropología*. Madrid, 1934.
15. TELLO: *Cajal y su labor histológica*. Madrid, 1935.
16. TELLO: *Santiago Ramón y Cajal (1852-1934): Sa formation et son oeuvre*. «Travaux du Laboratoire de Recherches Biologiques de l'Université de Madrid», 1935 XXX-1.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO DE NOVO

TERCERA vez me distingue la Academia con el encargo de que salude a un nuevo compañero. Si honra tal confianza, la acrece el que se trate de tan alta persona como D. Gregorio Marañón, y aun he de añadir el gusto de dar la bienvenida a un antiguo amigo.

Porque habéis de saber que no veo al eminente doctor como ahora es, ni siquiera como en los días, no muy remotos, en los que cimentó su bien ganada gloria —y, cierto, poco lo han cambiado estos lustros—, sino que mi poderosa retentiva visual lo muestra con el traje de marinero perteneciente a un niño de siete años, quien asiste —si no atiende— a graves conferencias en el Colegio de San Miguel, de esta villa, donde, juntos por edades, desde los casi mocitos y casi bachilleres a los párvulos, estaban los que, si no todos abuelos hoy, pudieran serlo, y entre los que no pocos han conseguido justo renombre. Cuadro, para mí, tan nítido como si contara media docena de años, pero perteneciente a fecha que acotan el estreno de *La verbena* y la campaña de Cuba.

Discordancia entre recuerdo y realidad que conduce a la siempre nueva reflexión de Jorge Manrique: “¡Cómo se pasa la vida!”

¡Cómo se pasa! Sobre todo, su decantada primavera, a la que me transporta el cuadro expuesto, ya que el lugar de la deleitosa estación en nuestra existencia no es tan preciso como

han hecho creer, más que el testimonio de cada uno, ficciones creadas por siglos de literatura. Si de las características verna-les atendemos sólo a su agrado y suavidad, no fuera absurda, contra toda costumbre, la primavera en la infancia, entre los tres y los seis años; desde que poseemos conciencia para el goce y aun para el gozo, hasta que comienza la edad escolar y, con ella, los deberes y preocupaciones que ya nunca nos abandonan y que hacen no tan apetecible el período siguiente; ese tracto hasta la adolescencia, cohibidos por la sensación de la propia insignificancia, sujetos a la dolorosa disparidad entre atisbos de razonable discurso e ímpetus tan necios como irreprimibles, y cohartados también, por la frecuente incomprensión de los mayores y por la mezquina crueldad infantil, ajena y propia. Tampoco es forzosamente equiparable a la primavera dulce la incipiente juventud, pues, aunque a ésta se haya convenido en llamarle “divino tesoro”, tal vez con mayor acierto la denomina el novelista yanqui Tarkington “edad penosa”, por llena de preocupaciones egotistas que amargan los que sólo en lo fisiológico son nuestros mejores días; mejores para espíritus vulgares, o de serie, no para los escogidos o, siquiera, cultivados. Estos estiman en la preciada estación el ser creadora, de modo que dentro de su vida avanza mucho sobre la madurez, con lo que se aunan mayo y agosto, flores y frutos.

Muy de raro en raro se hallan vida tan fértil y obra tan temprana como la del Dr. Marañón. Cuando esto ocurre, favorece la fecundidad el reposo, común en época que suele hallarse libre de los duelos y cuidados que contrarían nuestra labor en edades posteriores; se aprovecha uno de esos períodos de calma, que pueden durar veinte o más años, y durante los cuales una familia y también una entidad o un grupo de amigos están, si no libres de penas y contrariedades, sí de los grandes dolores y de la muerte. Pues uno de esos períodos sosegados, como tabla de río que discurre lento entre gratas

orillas, tan lento que no nos recuerda que sus aguas “van a dar a la mar, — que es el morir”, uno de esos tramos estantíos es la primavera de la vida. Saboreada y aprovechada, compensa con su recuerdo su falta; pero perdida, se añora con la desesperación que lleva en sí la fuga del tiempo que, como agua pasada, nunca se recupera.

Contra esa sensación de fluir incontenible con dolor de acabamiento caben muchas reacciones: primordial y más envidiable, la del buen cristiano, santa y serena, cuanto sensata, como de quien entiende que la vida es tránsito; en contraste, la estéril rebeldía —contraste entre Job y Prometeo—; incurre, a menudo, nuestra flaqueza en la huída del torturador pensamiento acogiéndose a los intrascendentes o hinópticos, y cabe, en fin, como sumo en lo terreno, la vida consagrada a un ideal. Entonces adquiere tal valor que, si bien, aun resulta más corta, en trueque nos va dejando, conforme nos va dejando, la digna conciencia de no haberla perdido.

Toda primavera por su lozanía, toda madurez por el fruto, la vida de Ramón y Cajal, según bien sabíais, pero mejor sabéis luego de la admirable síntesis que acabáis de oír, y a esa misma clase pertenece la del Dr. Marañón, fecunda hasta lo increíble; no como agua pasada en vano y no recuperable, sino como la que, apenas surgente, se acumula en los estrechos, prodiga fuerza saltando en las caídas, baña luego, ayuso, las vegas, y es, a un tiempo, recreo de la vista y del espíritu.

Toda ella se desarrolla en el tremendo lapso de medio siglo, durante el cual hemos visto, no ya cambiar el mundo, sino invertirse. La Historia lo considerará una de sus crisis principales. Pues bien, todo él ha transcurrido entre aquel día en que ingresó en esta Academia el glorioso D. Santiago, y también entre aquel momento en que captó mi retina la escena escolar que guarda, y la grata solemnidad de hoy.

Evoco de nuevo aquellos años que Marañón me recuerda

para exponer infantil bartuleo que estimo oportuno. *Descubri* cierta vez que, si ponía la frente en la jamba de una ventana, según abriera sólo el ojo derecho o el izquierdo, trocábase, como por encanto y por causa tan mínima, el mundo visible. De un modo, la habitación, conjunto y detalles; los cuadros, la consola que sostenía grandes conchas filipinas o antillanas, la santa imagen en un fanal, el modelo de fragata...; con el otro punto de vista, la bahía, los buques, ya no en modelo, sino con las velas al viento o destrenzado en él volutas de humo o de vapor; la costa frontera, distante varias millas... Sin embargo, todo visto con iguales ojos e interpretado por el mismo cerebro. No es en absoluto aplicable ahora esa pueril filosofía, pues no estamos ante identidad de cerebros ni de visión certera, pero sí para explicar cómo las diferencias que existen en detrimento mío ayudan a los simples cambios de perspectiva para que tropiece cuando busco, meramente, comprender la obra del que hoy recibimos ufanos entre nosotros.

Nunca falta en estas recepciones más o menos conciso resumen de la vida y obras del nuevo académico, pero las del que hoy ingresa son tan conocidas, que excuso con la notoriedad su exposición y extracto sólo el eco de la fama.

El más remoto nos dice cómo el por aquella tan preferido, rozando la mayoría de edad se doctoraba con premio llamado extraordinario, aunque no para quien lo había obtenido antes en su licenciatura y curso tras curso en San Carlos, como indefectibles matrículas de honor, que lo son máximo para el estudiante excepcional. Mucho me lo parece que, el así destacado, se considere a sí mismo entonces, no sobresaliente sino muy mediocre, y que atribuya innegables triunfos a desorientación en las cátedras, así para exigir como para juzgar. En esto, es muy riguroso el estudiante insatisfecho, si bien, con autocrítica que temple la que le inspiró la enseñanza y que pienso no alcance a quienes personalmente se la darían tan

buena como cabe suponer las del propio Cajal, Olóriz, San Martín, Madinaveitia y Sañudo.

Muy superior debió parecerle, como más efectiva que libresca, la que, alumno interno en el Hospital General, le proporcionaba el luchar contra las enfermedades ante problemas vivientes y pacientes. Probable fruto de su eficacia el premio Martínez Molina, obtenido a los veintiún años y que antes sólo alcanzara Ramón y Cajal, cuyos pasos seguía, sin saberlo entonces, aquel principiante que, con los firmes suyos, los sigue aún al ingresar en esta Academia.

Ya surge ante los nuestros una de las características de Marañón: la precocidad, notoria en sus primeros escritos, todavía estudiante o poco después, y comentados muy pronto en libros extranjeros profesionales.

Entre los de esta calidad, temprano obtuvo justo renombre con los relativos a las secreciones internas, hasta hacer proverbial su competencia en este aspecto, que era, no obstante, uno de tantos de su saber, pero más conocido, como también los que enlazan Biología y Psicología. Unos y otros aparecen desde el principio con tal firmeza y segura visión que gozan el raro privilegio de ser confirmados, los primeros, por la clínica, los segundos, por nuevas lecturas y meditaciones, al parecer, sin enmiendas fundamentales.

Si la precocidad sorprende, sobrecoge la fecundidad, probada en casi mil libros y folletos, entre los que más de tres centenares comunicaciones a Academias y Sociedades de Medicina, lo que excluye el harbar y del madurar responde.

Parece función exclusiva de la voluntad y que gana sólo nombre de aplicación el arte de distribuir el tiempo, de “aprovechar los diez minutos”, pero, en obra varia y profunda, supone, o bien que en tan breve espacio fulgure la idea en el cerebro, o bien, como es seguro, que en él bullan tantas sin tregua que pugnen por salir, y entonces el escribirlas es casi mecánico alivio. En todo caso, ese don de someter a tributo el

tiempo —nuestro indiferente enemigo o aliado— y de hacerlo fecundo, denota la prócer inteligencia que consigue aquella difícil clase de fama que se llama popularidad.

Prueba la de Marañón el público aplauso que acompaña a sus triunfos. Descontado, aunque grande, el de ser recibido con poco más de treinta años en la Real Academia de Medicina; menos común el serlo algo después en las de la Historia y Española, y rarísimo el que, según sabemos, fuera justo que perteneciese a la de Bellas Artes, como entendido y protector y como quien capta el arte, por exquisita sensibilidad, en las puras obras de esa índole y en el paisaje, en las piedras vetustas y en la vida.

La suya es de genuino hombre de Ciencia, de naturalista, que así gusta llamarse, con calidad a la que atribuye grande amplitud y que es muy sobrada para haberlo conducido aquí, pero, ante todo y sobre todo, médico insigne, tan consagrado a su carrera como por ella consagrado; esperanza del que ya no la tenía, la voz pública ha hecho símbolo de este nombre: el Dr. Marañón.

Real, aunque inverosímil, esta biografía, en la que destacan talento y capacidad de trabajo. El primero, patente en el valor de la obra; la segunda, en su volumen. Lo es tan grande el de los escritos de índole varia que apenas se comprende pudiera imaginarlos y componerlos hombre con profesión tan absorbente como la suya, dentro de la que reúne las raras condiciones que a muy pocos les permiten formar doctrina y escuela; edificios cuyo proceso de construcción y estructura explican miles de páginas asequibles sólo a los iniciados, pero cuya apariencia exterior se muestra al público en la prueba de la fama, que, para los médicos, suele concretar y precisarse en forma de clientela, la cual no entiende de eufemismos si a éstos no los apoyan siempre nuevas realidades.

Al médico —quien, según palabras de Marañón, ha de *afi-*

lar diariamente su ciencia— cada enfermo le proporciona la inmensa ventaja de reunir la práctica con la investigación, por lo que puede decirse que nadie emplea la ciencia de modo tan puro, directo y personal, aun cuando no fuere, por su índole, investigador el hombre que se dedica a la Medicina, la que, si ofrece esa situación privilegiada al aplicado y escrupuloso, estimula al superdotado con la posibilidad de obtener honra y provecho, a la vez que rinde enormes e inapreciables beneficios. De aquí ese afán de superación que acendra y sublima el de perfeccionamiento, en ningún otro oficio tan necesario. Ese noble estímulo explica la obra y el papel social de los grandes médicos y el caso particular del que hoy se nos une.

Se adivina que éste se pregunte al terminar la jornada —si es que la del médico tiene límite—:

“Ahora, cuando parece terminado mi deber profesional del día, ¿habré cumplido todo mi deber humano?”

En esta pregunta íntima que imagino y que tengo por cierta, se halla el porqué de la poligráfica obra de Marañón y de su polifacética actividad. En ella pueden distinguirse dos partes: la que comprende publicaciones y actos que responden a imperativos de lo que juzgara su deber, y otra que abarca los tocantes y concernientes a las que ahora veremos si pueden decirse simples aficiones.

A nadie, y a los como yo menos que a nadie, puede sorprender en los demás el que posean confortativo “violín de Ingrés”, como suele decirse, o, como lo llama nuestro reciente colega, “el jardín al lado de la fábrica”, sin el que, añade, el técnico se torna árido y mezquino; ese desahogo o necesidad espiritual que lo es casi física de cambiar la postura; a veces, para reposar; otras, al contrario, para desperezarse. Empeños accesorios naturales aunque peregrinos, pues se trata de diversiones o avances por extrañas vías.

Pero me apresuro a decir que no estimo simples diversiones las que así pudieran parecerlo de entre las obras de Marañón,

el cual no ha cultivado las puramente literarias, como podría haber sido la novela histórica. No obedecen a curiosidad ociosa de distraído lector, sino que fueron creadas de modo que corresponde, precisamente, a quien practica cada día muy detenidos reconocimientos fisiológicos, a los que, por fuerza, se incorpora la observación psíquica. De aquel examen y de esa observación quedan hechos los correspondientes diagnósticos, siquiera el de la última *in pectore*. Calcuro que el hábito de esa clase de observaciones en tantos miles de pacientes, que es decir en un pueblo, motiva aquella generosa duda que, como otra vez he dicho, debe asaltar al eminente doctor acerca de si, con sólo ejercer su ciencia, habría cumplido todo su deber.

Además, es paso natural este de la Fisiología a la Psicología, y parejo de otro con el que titula reciente libro D. Julio Palacios: *De la Física a la Biología*, en el que declara nuestro ilustre compañero que, “el físico, para entrar en el campo de la Biología, ha de ascender a un terreno que está por encima del suyo”. Ese paso envuelve modernas inquietudes tocantes a los límites entre lo orgánico y lo inorgánico, a la posibilidad de que los fenómenos del primer reino sean reversibles con marcha opuesta a la degradación, y, admitido que aquella posibilidad existiese, al modo de acomodarla con la entropía; esa perpetua disminución de la energía utilizable; concepto aun confuso para los más, no obstante centenario. En suma, ese paso ascendente enfrenta con la solidaridad entre los elementos y energías que integran el Cosmos y que se extiende hasta lo inmaterial, ya que, como también recuerda nuestro Palacios, un concepto de orden matemático, la indeterminación cuantista, quita todo fundamento para negar el libre albedrío.

Lo que hay en todo esto, lo que revela el afán de unos y de otros tales pasos ascendentes, es que el espíritu se busca a sí mismo a través de la materia. De aquí el encanto de estudios que, mediante observaciones biológicas, dan vislumbres de los sentimientos que pudieron inspirar pretéritas acciones humanas.

Populares y comentadas por doctísimas personas esas publicaciones no médicas, fuera impertinente osara examinarlas con mi poca doctrina. Me limitaré, pues, al análisis del análisis en que consisten dos que elijo como botones de muestra: la dedicada al Emperador Tiberio, y que se subtitula *Historia de un resentimiento*, y la en que observa y esculca la persona del Conde-Duque de Olivares.

En ellas se ha esmerado el autor, según declaración propia, para “recomponer la fuente humana de donde los hechos brotaron, más que en relatar y juzgar los hechos mismos”, y ambas se ajustan a método digno de estudio. Cuando afirma Marañón que “la Historia debe ser ciencia” no aplica la última palabra en el sentido con que se dice “ciencia histórica”, sino en el más restringido con que se entiende en esta Casa, y, en efecto, a él se ajustan sus análisis.

Lo primero que atrajo mi atención fué la Bibliografía; no por numerosa —que para que lo fuera bastara la lista de la A a la Z que aconsejó a Cervantes aquel su amigo “gracioso y bien entendido”, como acomodada para dar de improviso autoridad a un libro—; no por larga, sino por bien escogida. Triar entre lo bueno lo mejor presupone copioso acervo; erudición portentosa, rica, varia y bien asimilada lectura, efecto y causa de curiosidad insaciable. Las meditaciones consecuentes hicieron germinar en el cerebro las obras; de suerte que, si bien se considera, el escribirlas fué lo llano.

Atendamos ahora al método.

Éste consiste en examinar y contraponer uno por uno personas, acciones y ambiente, por lo que, en alguna de sus fases, recuerda el que aplica el físico-matemático cuando, en el análisis de un problema, tantea una tras otra las diversas variables que en el mismo intervienen, para averiguar cómo afecta cada una al fenómeno que examina.

Más complicado el análisis si en el fenómeno intervienen reacciones químicas entre los elementos que, en tal caso, co-

rresponden a las variables del anterior, y mucho más si de organismos se trata, pues precisa entonces, como dije que dice Palacios, “ascender de la Física a la Biología”. Pues pongamos que actúan personas, las cuales, como no son sólo organismos, presentan mutuas reacciones psíquicas y con el medio que las envuelve. Entonces, lo arduo de discernir y ordenar tan intrincadas y repetidas reacciones explica otra fase del sistema que emplea Marañón en sus exámenes históricos y que no sé si acertaré al compararlo, por lo complejo, con el que supone la interpretación biológica de un análisis de sangre.

Como resumen de cada estudio, agrupa los datos primeros y los deducidos para cotejarlos y derivar las conclusiones oportunas; sistema que me permitiréis equipare al empleado en las poquísimas novelas policíacas escritas con buen sentido, y cuando el detector hace uso de sus *células grises*. Agrupados los hechos en la forma dicha, se desprenden las consecuencias de la combinación de factores: los móviles de la Historia.

Observaréis que en este método he ido notando algo del matemático —salvo el rigor—, la paciente discriminación de reacciones mutuas del clínico y la sagacidad sutil del psicológico. Añadamos, como nexos indispensables, lógica estricta, y, por último, expresión correcta y galana, sin artificioso rodeo. Todo esto resplandece en las obras dichas y en otras semejantes, y nos dice que el autor de todas ellas posee, sobre extraordinarias dotes nativas, vastísima cultura del tipo que, si no en tan alto grado, debe distinguir a cuantos ejercen profesión universitaria, y que sólo se logra mediante la enseñanza y educación integrales, formativas, humanísticas; lo que supo ver la Edad Media cuando unió, en los famosos *trivium* y *quadrivium*, Gramática, Retórica y Dialéctica con Aritmética, Música, Geometría y Astronomía; la medula de la cultura en los países que la han conservado. Sin esa amplia enseñanza común, falla el naturalista por no ser, ni de lejos, geómetra; falla el ingeniero, porque desdeña las Humanidades, y fallan los filósofos,

porque no suelen estudiar Matemáticas, única filosofía comprobable y que, a veces, se hace sensible en fenómenos físicos.

No entraré, ahora, importuno, en el pleito de la enseñanza, pero sí recojo algo de lo que Marañón nos dice acerca de la lucha entre el espíritu científico y el utilitario de nuestra época, que arrastra a los más enérgicos e inteligentes a ser *hombres de acción*. Imperiosa necesidad la económica, motriz de progreso inmediato, pero grave amenaza de estancamiento y de retroceso no muy remotos, según lo expresa el propio Marañón al hablar en uno de sus libros de “esta época ingenieril”, queriendo significar que se sacrifica todo a obras materiales.

Aunque me atrevo a no juzgar esto tan pernicioso, de momento, para España, donde tanto necesitamos progresar en tal sentido, lo creo peligrosísimo como tendencia mundial, que de ningún modo mejor puede retratarse que como lo ha presentado el ilustre doctor al decir: “Nuestros padres conocían por un verso suelto rima y autor; nuestros hijos conocen por el sonido la marca de un automóvil, pero desdeñan la poesía.”

Acudan en buen hora cuantos lo deseen a hacerse *hombres de acción*, que su utilidad rinden, pero elévese sin tregua la enseñanza universitaria y no se rebaje un punto el nivel científico de las ingenieriles, para que, entre los muchos que a ellas concurren, puedan dedicarse algunos a la ciencia pura.

Pudiera ser mi pobre voz eco o contrapunto a la autorizada y elocuente que aquí acaba de alzarse en pro de la ciencia experimental en nuestro país, y recordándonos la que certeramente llama *preocupación* legada por el gran histólogo, para que, nunca satisfechos con avances parciales, con los repetidos consigamos incesante perfeccionamiento. Añadiré que, según he dicho varias veces, como nuestro atraso fué duradero, en la marcha hacia adelante ha de preocuparnos, sobre la velocidad, la aceleración.

No quiero hablar ahora de los beneméritos que olvidando la material ganancia y consagrados a estudios que raramente

o nunca la proporcionan, ardientes en los comienzos, desalentados ante los primeros malogros, tenaces de nuevo, por pundonor, seguros cuando ya algo saben, desconfiados cuando saben más —porque el saber antes descubre las propias deficiencias que los aciertos—, se hacen tan unos con la profesión de su ejercicio que no aciertan a deslindarlo de su vida.

Quiero referirme a los que, por privilegiada situación, no sueñan con emprender tarea que les parece, sobre fatigosa, por completo ajena, cuando son ellos, precisamente, los que a estudio desinteresado pueden consagrarse. A estos tales señalo para las que llamaré “vocaciones creadas”, a favor de dos circunstancias que las abonan: una —ya presupuesta—, la de que no los agobian cotidianas inquietudes para subsistir; otra —que precisa inculcarles—, el concepto de esa forma del deber. La coexistencia y cumplimiento de estas dos condiciones que digo han hecho posible en todo tiempo, y, en algunos, casi exclusivamente, la enorme labor científica de las Ordenes religiosas.

Valiéndome, no de mi corta autoridad —si alguna tengo—, sino de la muy grande que habéis escuchado y de la más alta aun de nuestra Corporación, exhorto desde aquí a cuantos influyen en la juventud bien acomodada para que les inculquen el sentimiento de la enorme responsabilidad que les impone su independencia económica, y más a aquellos tan pudientes que, si en la ciencia se emplearan, supieran ser Mecenas de sí mismos, cuanto más de los otros.

Precisa mostrar esta forma de patriotismo a nuestra juventud, tan pronta a sacrificarse en heroicidades de momento, pero que, acaso, no ve aquella otra manera constante y no menos efectiva de ofrendar la vida a la Patria.

Así, no menos que como deber patriótico ha de presentarlo el que puede requerir a quienes deben atender la intimación —que le será y les será de gran provecho—, pero no sólo para con la Patria —que fuera bastante—, sino que asciende a humanitario o a sagrado deber moral.

Muchos de los que señalo vacilan en seguir esa senda porque la desconocen y no saben el placer de que se privan esquivándola; pero, quienes la emprendan, hallarán, tras un tanto dura iniciación, vuelta su abulia en raptó, en compañía la posible soledad de su espíritu, y el probable vacío de su vida relleno, si no por la delectación de la victoria, por la que ofrece la buena cuenta de nuestras acciones.

A esta larga arenga —que se pudiera muy bien excusar— me condujo la que Marañón nos ha dirigido, con igual propósito, y asimismo, el ejemplo de su vida. Ahora examinemos el que nos da para los afanes de la senectud, el cual, acaso, parezca inexistente referido a quien tan lejos se halla de alcanzar la vejez, que sí alcanzará para recoger en ella lo que muy temprano adivinó, ya que, como quien pronto ve su camino, y como quien ha contemplado el debatirse de tantas existencias contra el morbo y tantas desaparecer, diríase que abarcó muy pronto la suya, como ya transcurrida, y, por eso, en plena juventud expresaba un pensamiento que sorprende que entonces lo obsesionara: “Debe considerarse la Vejez, honor y no castigo.”

Especial temperamento el de un mozo que en tal forma se acuerda de la que llama Shakespeare “insidioso ladrón” —como las Escrituras a la Muerte— y que así la contemplaba y no como “ad molestam senectutem”, según la increpa el aturdido himno escolar “Gaudeamus igitur”, o bien, como Cicerón, al decir, “senectus ipsa morbus”. Naturalmente, aclara que la vejez puede ser premio y honor cuando llega sin enfermedades ni escaseces, sin remordimientos y sin insensato propósito de perpetuar la vida de la juventud; cuando, como él declara, “consiste en *adaptación*, que no es renuncia ni esterilidad”. Algo me turba este juicio, pues entiendo que adaptación consiste en gran número de progresivas renunciaciones; en cambio, nadie duda que la vejez no supone esterilidad, pues así lo prueban muchos

ancianos, más activos, gloriosos y eficaces que en toda su existencia anterior.

Premio merecido esa vejez, si llenamos tan noblemente la propia vida que satisfaga la cuenta al finalizarla, y si las cuentas parciales nos compensan el dolor de doblar los *cabos* sucesivos, que, como los geográficos entre uno y otro golfo, separan unas edades de otras, y que en las últimas nos parecen traidoras sirtes.

También Marañón nos dice que “el que gozó o empleó la vida ampliamente acepta la declinación natural como fenómeno justo, confortado por dos viáticos piadosos, que son recuerdo y hastío”. Sin duda por diferencia de temperamento, juzgo que, por el contrario, el recuerdo nos liga a la existencia, y, en cuanto al hastío, lo desconozco, y así me inclino más a esta otra forma con que expresó idéntica idea en este mismo lugar aquel magnífico Conde de Gimeno: “Que, como final, el cansancio se traduzca en necesidad de sueño”; cansancio, no hastío.

Aquel pensamiento que Marañón concibiera y expresara en su juventud es muy digno de espíritu superior, preocupado por aliviar nuestros dolencias, y que hasta cura de favorecernos, como última cura, con la de nuestro temor a lo incurable. Si ese pensamiento lograra persuadir a los más, produciría muchos bienes: serena y plácida resignación ante el tiempo irremisiblemente pasado, y, antes, toda la vida, el propósito de alcanzar reposada y noble vejez por haberla merecido.

El sabio español nos comunica aspiración alentadora que, ante sus posibles resultados, me recuerda la iniciativa a que llegó, por buen deseo, aquel Rey de Portugal quien, para quitar temores e inspirar fe, ordenó que al llamado por los navegantes Cabo Tormentorio lo denominasen Cabo de Buena Esperanza.

He dicho.